

INVESTIGADOR PRIVADO SIGLO XXII

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



INVESTIGADOR PRIVADO SIGLO XXII

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

410 — *La última criatura*, Kelltom Mclntire

411 — *Enigma cósmico*, Clark Carrados

412 — *¡A la cama, terrícola!,* Ralph Barby

413 — *Universo sin fronteras*, Glenn Parrish

414 — *«Experimento Gamma»,* Curtis Garland

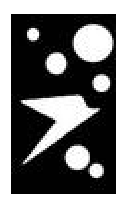
RALPH BARBY

INVESTIGADOR PRIVADO SIGLO XXII

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 415

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 13.925 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: julio, 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Valles (N-132. Km. 21650) —Barcelona —1978

CAPITULO PRIMERO

El biplaza autom-hover-craft de Zeal Yoke se adentró en aquel enorme recinto alejado de la metrópoli y que cualquier ingeniero de naves interestelares no hubiera dudado en calificar como «almacén de chatarra y desguace» y no como pretendía el profesor Eremis que lo llamaba pomposamente «Laboratorio de ingeniería y electrónica».

Vigas, planchas, hilos, *containers*, todo distribuido aquí y allá sin orden ni concierto. Si se equivocaba al caminar, cualquiera podía quedar de repente electrocutado o incinerado.

—Cuidado, terrícola, avanzas por zona de peligro.

Zeal Yoke conocía aquella voz de bocina. De inmediato, entre los hierros y vigámenes en general, descubrió a Dino, el robot-biónico del profesor Eremis.

—Soy Zeal Yoke y nada de bromas.

—La placa de identificación, terrícola —exigió el robot avanzando sin tocar ninguna viga ni hierro.

Zeal Yoke, un hombre joven y fuerte de cabellos cobrizos y ojos azul oscuro, miró molesto al robot bionico que mediría unos tres metros de altura. Su cabeza era una gran burbuja de cristal y emitía destellos, aunque no siempre.

Zeal Yoke había visto muchos robots de aspecto más agradable que el de Dino, que parecía ensamblado con trozos recogidos en algún desguace, pero sin él, el profesor Eremis poca cosa habría podido hacer, ya que era el único que le ayudaba en sus trabajos.

Entre otras y sorpresivas cualidades, Dino poseía una gran fuerza y con sus brazos provistos de manos articuladas colocaba cualquier pieza donde el profesor exigía.

Dino era al mismo tiempo vigilante, controlador, memoria, grúa, soldador e incluso vehículo si se le requería como tal, amén de otras cualidades que el profesor Eremis, muy amigo de inventar, añadía sobre la marcha en el excepcional robot.

—Aquí está mi placa.

Se la mostró y el ojo autodireccional que el robot bionico poseía dentro de la burbuja de cristal irrompible que era la cabeza enfocó la placa de identificación. Esta pasó a la memoria del robotoide y luego, éste respondió con su voz de bocina:

—Positivo. Bien venido al laboratorio del profesor Eremis.

—¿Dónde está el profesor Eremis?

—Sígueme, terrícola.

A Zeal Yoke le hacía mucha gracia que el robot llamara «terrícolas» a todos. Era una expresión que el profesor Eremis había introducido en su memoria para respuestas y no resultaba demasiado lógico que en aquel taller casi de chatarrero se recibiera la visita de alienígenas.

Siguió a Dino, que sabía mejor que nadie dónde había peligro dentro de aquel fenomenal lío de piezas y cables, pues cada hierro que era movido, casi siempre por él misino, la colocación exacta pasaba a su memoria y ya no podía tropezar con él.

Dentro de un gigantesco hangar, comprado por el profesor Eremis después de que fuera considerado inservible, había varias naves espaciales destrozadas, muy distintas entre sí.

El profesor Eremis, según le interesaba, sacaba una pieza de una, un motor de otra y así construía sus singulares híbridos.

Uno de los grandes defectos del profesor Eremis era ocuparse mucho de la funcionalidad, la aerodinámica y la habilidad de cuanto llevaba a cabo, pero nunca de la estética. Por ello, siempre habría fracasado al tratar de comercializar los vehículos y artefactos por él ideados y construidos.

Zeal Yoke era uno de los pocos que confiaban en el profesor Eremis. Se habían hecho amigos desde que en una ocasión, en una aeropista, se estropeó el vehículo de Zeal Yoke. El profesor Eremis había aparecido junto a él como por arte de magia y no se conformó con arreglar la avería sino que, sobre la marcha, introdujo algunas mejoras y consiguió sacar a su vehículo de serie más velocidad con menos consumo de energía, ya que bastaba con controlar el medidor de la pila atómica para darse cuenta de la reducción de gasto. Aquello convenció a Zeal Yoke para confiar en el profesor Eremis.

—¡Profesor Eremis! —llamó el robot Dino aumentando en cien decibelios el volumen de su bocina parlante que medio ensordeció los

tímpanos de Zeal Yoke.

Dino podía llamar al profesor Eremis a través del telecomunicador personal, pero como hasta el robot sabía que el profesor descuidaba su telecomunicador en cualquier parte, había optado por interpelarle con su bocina parlante amplificada.

El profesor Eremis asomó por el escotillón superior de una extraña nave pentagonal con cinco patas y que tenía aspecto de arácnido monstruoso.

—Estoy aquí. ¿Qué pasa, idiota?

El profesor Eremis, vestido de blanco, semejaba haber expuesto su abundantísima cabellera canosa al viento, pues cada mechón apuntaba en una dirección distinta.

Utilizaba gafas de cristales redondos, pues era tan hipersensible al contacto de objetos con su cuerpo que no toleraba las lentillas incorporadas que una vez colocadas duraban años, hasta la siguiente renovación.

El profesor Eremis tenía que construirse él mismo aquellas gafas primitivas, va que algo igual sólo hubiera sido posible hallarlo en los museos, pues nadie las fabricaba.

—Ha llegado el terrícola Zeal Yoke —respondió Dino.

—Ah, sí, sí —dijo mirando al recién llegado a través de sus gafas.

El profesor se encaramó a un tobogán curvo y se deslizó desde lo alto de la nave. Pasó entre las patas de la misma hasta llegar casi justo donde se hallaban Dino y el visitante.

—Hola, Zeal Yoke. ¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —se asombró—. Vamos, profesor, ¿cómo está mi nave?

—¿Tu nave? Ah, sí, ya está lista. Creí que vendrías antes a recogerla, ya me había olvidado de ella. Estoy trabajando en algo sensacional, muchacho.

—¿Algo sensacional?

—Sí, mira esta nave de la que acabo de salir.

—Parece un cangrejo. ¿La construye para adornar algún parque público?

—¿Pretendes burlarte de mí? ¡Esta nave es de despegue multidireccional! Posee una serie de mejoras que, bueno, a ti no te importa, pero te aseguro que no hay una nave espacial mejor que ésta. Hasta tiene un cuarto de baño esculpido en mármol rosa.

Zeal Yoke, un hombre práctico, parpadeó incrédulo.

—¿Dice que ha metido dentro de esa nave un cuarto de baño entero esculpido en mármol rosa?

—Original, ¿eh? —se rió por lo bajo—. Siempre dices que hago cosas horrendas, pues eso es una obra de arte que pude comprar en una subasta. Es una pieza única y completa de hace cuatro siglos y la he metido dentro.

—Pero eso ha de pesar una barbaridad…

—Que te lo diga, Dino.

El robot, sintiéndose aludido, respondió:

—Siete mil trescientos cuarenta y dos kilos exactamente.

—¿Y cómo se le ha ocurrido lastrar una nave espacial con todo ese peso adicional e innecesario?

—Hum, ya sabía que no me comprenderías. Pues ahora estoy buscando a quien pueda venderme tres toneladas de leche de burra.

Zeal Yoke iba a soltarle al profesor Eremis que, tal como parecía por su aspecto, estaba loco, mas se contuvo, le apreciaba.

—Bueno, como no se vaya a un zoo…

—Oh, no, imposible, saldría demasiado caro. Hay que pensar siempre en los costes, por eso estoy trabajando en el cálculo de la fórmula química de la leche de burra.

—Sólo le faltaría traer del pasado a la bella Popea y meterla en su cuarto de baño.

—Pues hay mujeres que gustan de esas extrañas experiencias que a ti te hacen reír.

—Vamos, profesor, ¿dónde está mi Llamp-SGL?

— ¡Diño! ¿Dónde has puesto el Llamp-SGL?

—Síganme.

El enorme robot echó a andar y los dos hombres fueron tras él.

Dino les llevó fuera del gran hangar donde el profesor hacía su inventos, ensamblajes generales y reparaciones.

Afuera, en la fachada norte de la edificación, había muchos objetos que eran parte de otras naves; también había pequeños vehículos completos, posiblemente abandonados por sus propietarios en alguna parte y luego comprados en subastas. Sobre dos de ellos estaba colocado el vehículo que buscaban.

—Este es el Llamp-SGL —señaló Dino.

—¿Ves? Aquí está, Zeal Yoke. Ya sabes que cuando le pides un favor a tu amigo Eremis seguro que te lo hace.

Zeal Yoke torció el gesto al mirar aquel vehículo que tantos esfuerzos le había costado adquirir. Era nada más y nada menos que un sport gran lujo, un vehículo de gran velocidad v eficacia.

No era un simple atom-hover-craft; con el Llamp-SGL podía salir al espacio y llegar a la Luna si lo deseaba. Podía circular por las aeropistas y también descender a las profundidades submarinas y ahora, estaba allí, encima de un montón de chatarra, como si el Llamp-SGL fuera un cacharro más esperando el desguace.

—Profesor, podía haberme avisado antes de meterlo ahí —se quejó.

—Bueno, es que de la colocación se encarga Dino.

Zeal Yoke miró al robot-biónico y comprendió que aquel ser no tenía sentimientos y, por tanto, no podía distinguir lo hermoso de lo feo. Para él, aquella preciosa máquina de viajar no era más que un volumen de metal, plástico y cristal que debía colocar en algún lugar donde no estorbara > al mismo tiempo, ocupara el mínimo espacio.

—Bien, pero ¿seguro que está reparado?

—Sí, seguro.

—Pues me lo voy a llevar ahora mismo. A cambio le dejaré el atom-hover-craft, que tiene la pila algo descargada.

—Ya, y no quieres comprarte una nueva, ¿eh, bribón? Bien, déjalo de mi cuenta, veré qué se puede hacer —refunfuñó. Se volvió hacia su robot y pidió—: Dino, baja el Llamp SGL.

—Comprendido.

Los brazos mecánicos del robot atraparon el vehículo y Zeal Yoke cerró los ojos para no verlo, pues todo podía ocurrir. Aquel robot podía reaccionar de la forma más expeditiva, pues habiendo sido construido por el profesor Eremis, todo y cualquier cosa podía esperarse, de él.

Aguardó tenso. Escuchó chirridos, golpes; luego, silencio.

—Aquí lo tienes y si te falla algo, me lo dices. Ya sabes que nadie va a cobrarte más barato que yo.

Zeal Yoke abrió los ojos poco a poco y miró el Llamp-SGL. Observó que parecía perfecto, no tenía daños en su carrocería. Dio una vuelta alrededor del mismo y al fin, pulsó el botón de la puerta que se abrió automáticamente.

Se introdujo en el vehículo y se acomodó en su asiento. Extrajo su placa de identificación y la metió en la ranura adecuada, pulsando a la vez unos botones, que había en un teclado múltiple.

Sacó luego la tarjeta y el salpicadero se iluminó.

Zeal Yoke puso el motor en marcha y de no ser por los controladores que quedaban al alcance de su vista, no lo habría notado. Era totalmente silencioso y parecía en perfecto orden pese a la desagradable colisión que Zeal Yoke sufriera con su vehículo.

Lo hizo avanzar y todo obedeció a las mil maravillas.

A través de la ventanilla saludó al profesor Eremis, que en aquellos momentos se hallaba sentado en una plataforma que había aparecido en el pecho de su robot.

Una vez hubo salido del anárquico laboratorio del profesor Eremis, el Llamp-SGL tomó velocidad avanzando por un paisaje llano y desertico donde no crecía nada.

Aquella tierra cuarteada quedaba desnudada por el monofaro que poseía el Llamp-SGL justo debajo del mono de proa. Tenía otro faro cubierto sobre el motor de proa y dos más a los lados, babor y estribor, y un cuarto a popa, todos escondidos, pero aparecían al levantar unas trampillas que se accionaban pulsando unos botones en el tablero de mando.

Tal como esperaba, tras introducirse en la aeropista, el Llamp-SGL comenzó a rebasar a otros vehículos con suma facilidad. El control

doble de radar automático evitaba cualquier posible colisión, pues la computadora que llevaba incorporada calculaba velocidad, distancias, tiempo de trenado y aceleración.

Conducir aquel vehículo era un placer y a la vez una gran seguridad.

Al llegar al área metropolitana se salió de la aeropista y se introdujo en las autopistas urbanas tomando la A-55 que habría de conducirle al centro de la ciudad.

Por aquellos viales no se podía circular a una altura superior al metro del firme sobre el que se deslizaban todos los vehículos sin ruedas, ya que todos avanzaban sobre colchón de aire o propulsados por algún motor de energía reaccionante.

Esa era la diferencia esencial entre el vulgar atom-hover-craft y el Llamp-SGL; el primero funcionaba con una pila atómica que accionaba varias turbohélices. Por contra, en el Llamp-SGL la energía reaccionaba dentro de sus motores e impulsaba al vehículo silenciosamente. Por este motivo podía circular fuera de la estratosfera, realizar algún corto viaje espacial o sumergirse en las profundidades marinas, cosa que no podían hacer los atom-hover-craft que necesitaban del aire.

Una infracción de tráfico que se daba con frecuencia, causada por los más rápidos, era alzarse sobre los otros vehículos y rebasarlos por encima. Luego se volvía a descender v si ningún agente automático de tráfico lo detectaba, no sucedía nada.

Zeal Yoke no solía cometer infracciones porque, entre otras cosas, además de ser un hombre cívico, no deseaba que clausuraran su vehículo.

Buscó el aparcamiento, detuvo el Llamp-SGL y luego pasó al ascensor de cristal que subía por el exterior del elevado edificio. Se le veía subir y bajar como una gran luciérnaga sobre la mole de acero y cristal porque era de noche y el ascensor estaba iluminado.

Al fin, arribó al piso más alto del Kaio Building.

Kaio era un multimillonario que controlaba buenos paquetes de acciones en diversas empresas industriales y alimenticias. Se decía que su fortuna era incalculable.

Se había enriquecido hacía ya mucho tiempo al descubrir y explotar un asteroide que en sí mismo era una mina de material

radiactivo, lo que le había permitido montar una gran factoría de pilas atómicas para usos múltiples, especialmente vehículos particulares.

Con esta factoría que había explotado su propia mina de uranio, Kaio obtuvo mucho dinero, que luego invirtió comprando acciones en otras factorías y empresas en general. Kaio había donado también grandes sumas a instituciones culturales y artísticas, lo que le había hecho aparecer como un gran mecenas.

—Su placa de identificación —le exigieron dos agentes armados que controlaban la planta noble y pensante del imperio Kaio.

Zeal Yoke sacó su placa identificativa, de material indestructible, y la mostró sosteniéndola entre los dedos. Uno de los agentes puso delante de la placa algo que podía parecerse al foco de una linterna, pero que en realidad era una telecámara miniaturizada. Casi instantáneamente, se encendió un pequeño piloto verde. El gran cerebro del imperio Kaio daba paso a la presencia de Zeal Yoke.

—Conduzcan al ente Zeal Yoke al despacho de presidencia —dijo una voz que brotó de la microtelecámara.

—Sígame —ordenó lacónico uno de los agentes mientras el otro controlaba el ascensor y la planta.

Los controles eran básicos, todo estaba sensorizado y vigilado, vivían inmersos en la era de las grandes factorías. Había desaparecido el sentido de las nacionalidades, todo el planeta era una sola cosa.

En teoría, todo ser nacido en el planeta Tierra era hermano de cualquier otro ser también nacido sobre el planeta, pero en la práctica existía la guerra fría entre las grandes factorías. Las había que pertenecían a un solo propietario como Kaio y otras eran completamente autogestionarias.

Cada consejo de administración era en sí mismo un auténtico gobierno. Las pequeñas empresas o agrupaciones artesanales habían sido exterminadas como negocios rentables.

Los artistas, artesanos en general y aventureros, estaban subvencionados por las grandes empresas. Kaio era una de esas gigantescas empresas y Zeal Yoke, uno de los pocos y extraños seres que se permitían el lujo de vivir en completa independencia.

Se abrieron tres puertas de seguridad, todas ellas confortables e incluso lujosas, pues estaban recubiertas de tapices y grabados en sobrerelieve, telas, porcelanas, mosaicos e incluso metales nobles

como el oro y la plata.

Llegaron a una circunferencia amplia e iluminada. Se colocaron sobre ella y ésta ascendió, introduciéndose en el piso superior. Allí estaba el gran despacho del imperio Kaio, que dominaba gran parte de la ciudad desde la altura.

Aquella estancia circular tenía cristales en trescientos sesenta grados, cristales polarizados que dejaban ver el exterior, pero que impedían que pudiera verse el interior. Luna, estrellas, un cielo negro y brillante a la vez y el despacho provisto de grandes sillones tapizados en colores muy claros y el suelo tan enmoquetado que semejaba de piel esponjosa.

—Este hombre es Zeal Yoke —presentó el agente.

Zeal Yoke quedó un tanto perplejo. Esperaba encontrarse cara a cara con Kaio, el poderoso multimillonario que le había pedido que fuera a visitarle a su despacho, mas Kaio no estaba presente.

Ante él había tres mujeres, una tras la gran mesa escritorio, otra acomodada en una mullida butaca y que más semejaba una linda gatita que observaba recelosa y también mimosa al recién llegado y una tercera mujer que permanecía de espaldas, como mirando a través de las cristaleras.

Zeal Yoke se percató de que el gran despacho circular era giratorio, aunque se movía muy lentamente. De este modo, el panorama iba variando.

—Bien venido a la presidencia del imperio Kaio, señor Zeal Yoke —le saludó la mujer acomodada tras la mesa escritorio.

La que estaba en pie se volvió despacio hacia el recién llegado y entonces, Zeal Yoke pudo ver que aquel rostro estaba totalmente oculto bajo una máscara.

—¿Qué le sucede, señor Zeal Yoke, no ha visto nunca antes una cara cubierta por una máscara?

CAPITULO II

—Creí entender que me había citado el mismísimo Kaio.

Zeal Yoke se hallaba frente a aquellas mujeres esperando una respuesta a su observación.

Las tres eran muy hermosas, aunque de rostro no podía asegurarse lo mismo respecto a la que se cubría con una máscara que no se molestaba en disimular, pues había caretas que se adaptaban al rostro como una segunda piel y a simple vista resultaba casi imposible descubrirlas.

Cada una de aquellas tres mujeres de cuerpos espléndidos, modelados por ropas elásticas y muy ajustadas, eran distintas entre sí.

La que se hallaba tras la mesa escritorio tenía una belleza serena, quizá algo fría y dura. La que estaba enroscada en la butaca era terriblemente sensual, cada uno de sus movimientos, por mínimos que fueran, eran una ondulación provocativa y ella lo sabía porque sostenía una permanente sonrisa de picardía. Sus ojos observaban burlones las reacciones de los hombres.

La que seguía en pie con la máscara ocultando su rostro era la incógnita misma, lo desconocido. ¿Por qué se escondería?

—A usted le ha citado la presidencia del imperio Kaio, por eso está aquí —puntualizó la mujer que permanecía tras la mesa, arrancándole de sus pensamientos.

—Mi nombre es Clio —dijo la mujer sensual, de larga cabellera rojiza—. Soy coqueta como la Historia misma, voluble, cambiante, mentirosa a veces… —Señaló a la que estaba tras la mesa y presentó —: Ella es Urania, calculadora y matemática como la Astronomía misma. No engaña, siempre se muestra fría y segura de sí misma.

La mujer de la máscara se anticipó a Clio autopresentándose con su voz algo distante:

—Yo soy Talía.

Antes de que Talía pudiera añadir nada más, Clio explicó:

—Somos hermanas e hijas de Kaio, las tres nos llamamos Kaio.

—¿Las hijas de Kaio? —se asombró Zeal Yoke.

—Papá está algo pachucho y ahora nos encargamos nosotras de su imperio.

—No muevas demasiado tu lengua, Clio —la atajó Urania.

—Urania tiene razón, hermana, debes hablar lo justó. Zeal Yoke no pertenece a nuestro imperio y es como un halcón.

—Sólo soy un investigador privado. Trabajo para quien me paga v nadie puede decir jamás que le he traicionado. Eso sí, ha habido ocasiones en que he rechazado algún encargo.

—¿Por qué? —preguntó Clio con voz ahuecada.

— Porque no me gustan los trabajos sucios.

—Aquí no se trata de hacer ningún trabajo sucio, investigador Yoke, simplemente hay que llevar a cabo una investigación.

—¿No posee el imperio Kaio sus propios investigadores? —preguntó el hombre abiertamente.

—Los tenemos, pero deseamos que unos datos obtenidos al margen de nuestro departamento de investigación coincidan con los que va poseemos; de esta forma estaremos completamente seguras. Usted trabajará por encargo, pero no dirá que le hemos contratado salvo que le autoricemos. ¿Comprendido?

—Comprendido, pero aún no sé qué hay que investigar.

Urania pulsó unos botones del teclado que tenía al alcance de su mano y varias de las ventanas se transformaron automáticamente en pantallas que se iluminaron.

Apareció el rostro de un hombre de ojos grandes ligeramente oblicuos. Su nariz era grande y su boca estaba armada con dientes pequeños, pero muy afilados. Tenía el cabello de color rubio pajizo oscuro y estaba cortado al cepillo.

—¿Sabe quién es este hombre?

Zeal Yoke lo observó durante unos instantes y dijo:

—Se trata del mariscal Jano. Que yo sepa, hace mucho tiempo que se retiró de la milicia espacial.

—Así es —asintió Urania.

Clio, siempre coqueta, observó:

—Ahora se dedica a la arqueología.

—Submarina —concretó Talía.

—¿Y?

Urania volvió a explicar:

—El imperio Kaio le ofreció una subvención de cincuenta millones.

—Estoy enterado de las donaciones que entrega Kaio para investigaciones, arte y artesanía. No es una excepción entre los grandes imperios; de no hacerlo así desde el principio, ahora todo el arte, la artesanía y la cultura en general habría sido asesinada. Las empresas sólo piensan en los beneficios y esas donaciones se suele decir que van a fondo perdido, aunque en mi opinión es todo lo contrario.

—No le hemos llamado para discutir sobre filosofía y cultura, Zeal Yoke.

—Entonces, desembuchen: ¿Cuál es el problema?

—Los cincuenta millones iniciales se han transformado en mil millones.

Zeal Yoke silbó admirativo.

—Y el mariscal Jano pide más —silabeó Talía desde detrás de su impenetrable máscara.

—¿Y qué es lo que pretende, reconstruir una ciudad en los fondos abisales? —rezongó el hombre.

—Lo que pretende es lo que usted deberá averiguar, Zeal Yoke —dijo Urania—. ¿Cuál es su tarifa?

—Ya ve, mi hermana Urania sigue tan calculadora pese a estar delante de un hombre tan guapo.

—¡Por favor, Clio! —casi gruñó Urania.

—Bueno, si he de hacer una investigación bajo e fondo del océano, eso incrementará los gastos.

—No nos venga con minucias, diga cuánto.

—Quinientos diarios más gastos.

—De acuerdo. Pasaré los datos a la computadora y cuando acabe

el trabajo le será abonado el total.

—Un momento, no me han dejado terminar... Quinientos más gastos más cien mil si descubro algo sucio por parte del mariscal Jano.

—¡Eso es mucho dinero! —objetó Urania.

—Déjalo, quizá no haya terminado todavía —observo Talía.

—Es cierto, he dicho cien mil si hay algo sucio, pero me conformo con diez mil adicionales si mis datos coinciden con los del departamento de investigación de la empresa Kaio.

—¿Y si no coinciden ni descubre nada sucio? —preguntó Urania, ahora sarcàstica.

—En ese caso, sólo los quinientos diarios más gastos.

—De acuerdo —aceptó Urania.

—Cuidadito con el mariscal Jano, es un hombre peligroso —advirtió Clio moviendo sus piernas como para cambiar de postura.

A Zeal Yoke le pareció que tenía unas piernas muy hermosas, aunque las de sus hermanas también debían de serlo.

—El mariscal Jano está investigando al este de la Dorsal Atlántica, frente a las islas Azores. Asegura que ha descubierto restos de una civilización perdida que trata de recuperar.

—¿La tan traída y llevada Atlántida? —preguntó Zeal Yoke, escéptico.

—Es posible. Lo que nosotras no deseamos es que el mariscal Jano disuelva todo el dinero del imperio Kaio en el océano, nos está sangrando.

—¿Por qué no le cortan el grifo? Eso es fácil.

—No lo es —le atajó Urania—. Necesitamos algún motivo contundente.

—Comprendo. El imperio Kaio ya comienza a estar harto de arqueología submarina.

—Llámelo como quiera, pero queremos una investigación completa sobre el mariscal Jano, de sus actividades y del estado en que se hallan sus trabajos de arqueología, cuál es el área de investigación y una valoración aproximada de lo invertido en la zona.

Queremos saber cuánta gente trabaja para el mariscal Jano y en qué invierte las grandes sumas de dinero que saca del imperio Kaio. Cuantos más datos obtenga, mejor.

—Si utilizara el nombre de Kaio podría acercarme más al mariscal.

—De momento, no —se opuso Urania.

—Ya ha oído, Zeal Yoke. Por cierto, ¿a qué club suele ir a divertirse?

—Por favor, Clio, déjalo en paz.

—¿Por qué, hermana? Es un hermoso ejemplar de hombre y no todos los días podemos toparnos con un macho semejante. Vivimos demasiado tiempo encerradas. —Se levantó y se acercó ondulante a Yoke—. ¿A qué club vas? —insistió, tuteándole.

—Seguramente a uno distinto al que van las hijas de Kaio, no tengo tanto dinero.

—No creas, en algunos de esos clubs de multimillonarios nos aburrimos una barbaridad, siempre igual, viendo las mismas caras, idénticos tipos que presumen de ser los herederos de imperios industriales... En cambio, tú te mueves por donde te da la gana. ¿Estás casado?

—No, y eso ya deben de saberlo ustedes.

—Es cierto, pero puedes tener compañera, ¿no?

—Fija, no.

—Como un abejorrito, ¿eh? De flor en flor... —se rió Clio.

—Puede usted marcharse ya, Zeal Yoke —le dijo Urania.

Talía remató:

—Venga cada cinco días a entregarnos sus informes.

—¿Y por qué cada cinco días y no al final de la investigación?

—Simplemente porque si los informes que nos va entregando no interesan, cortaremos la investigación; no vamos a permitir que usted nos sangre también —especificó Urania.

Zeal Yoke pensó que aquellas mujeres no se mordían la lengua, especialmente Urania; para eso eran las hijas del multimillonario Kaio.

Iba a marcharse, mas se volvió para inquirir:

—¿Por qué no me ha hecho el encargo Kaio en persona?

—Nosotras tenemos plenos poderes y podernos hacerlo por él. No es preciso molestarle por un asunto digamos de poca importancia.

Zeal Yoke comprendió que no iba a sacarles más, especialmente a Urania, que era quien acababa de hablarle.

Se abrió el suelo y en la circunferencia iluminada apareció el agente de seguridad que acompañara a Zeal Yoke hasta aquel impresionante despacho.

Miró por última vez los tres rostros femeninos, uno de ellos nada identificable, y se marchó.

Descendió al área de estacionamiento del fabuloso edificio que se erguía orgulloso y arrogante. En su base poseía otros edificios con pistas elevadas que lo envolvían airosamente.

Subió a su Llamp-SGL y abandonó el imperio Kaio; tenía un buen encargo.

Pensó en el mariscal Jano, un tipo singular que había pertenecido a la milicia espacial financiada por la unión de empresas.

Se comentaba que el mariscal Jano había intentado hacerse con el poder absoluto utilizando a la propia milicia espacial, siempre alerta ante cualquier posible ataque de alienígenas, pese a que hasta el momento no había tenido que luchar contra ninguna invasión de extraterrestres, aunque sí había hecho frente a algunos brotes de piratería en el espacio.

Nadie se atrevió a hacer públicos tales rumores, pero el mariscal Jano fue pasado a la reserva, que era lo mismo que decir que le habían dado el cese.

Resultaba difícil imaginar al mariscal Jano verdaderamente interesado en la arqueología subacuática; iba a resultar divertido investigar y más con gastos pagados.

Zeal Yoke decidió dar sus primeros pasos aquella misma noche y se dirigió al oeste de la ciudad donde existía un club al que solían acudir veteranos de la milicia espacial.

Aceleró el Llamp-SGL y no tardó en arribar al área de parking del Skymen Club.

El lugar estaba provisto de todo lo necesario para pasarlo bien: piscina, pistas polideportivas, hipódromo, grandes terrazas, pero lo que más concurrido se veía, especialmente por las noches, era su sala de fiestas.

El club poseía el rótulo de «reservado el derecho de admisión», pero nadie le hacía maldito el caso, ya que la mayoría de los socios llevaban consigo acompañantes. Lo" importante era abonar la cuenta de las consumiciones, que solía ser elevada, ya que con estas ganancias se pagaban las atracciones, aunque en realidad los gastos grandes del club eran sufragados por la unión de empresas.

El ambiente estaba cargado de humo, posiblemente habrían tapado adrede las conducciones de purificación del aire. Aquellos hombres debían estar hartos de hallarse en atmósferas asépticas. Bebida, tabaco, drogas menores, música vibrante, parloteos en tonos elevados... Cuanto el ser humano había hecho a lo largo de los tiempos continuaba haciéndolo ahora: aturdirse para creer que así era más feliz.

Aquellos hombres que no habían llegado a la vejez habían ya dejado sus puestos en la milicia espacial, la mayoría de ellos tras las durísimas revisiones médicas. Un riñón deficiente, un hígado que dolía, unos pulmones que no funcionaban adecuadamente...

El miliciano del espacio pasaba primero a la reserva y luego a la jubilación absoluta, eso sí, con una pensión más que suficiente, pero sin tener que hacer nada.

—Oye, encanto —dijo Zeal Yoke a una de las féminas que alegraban aquel cotarro de hombres sin objetivo—. ¿Hace días que no viene por aquí el mariscal Jano?

—¿El mariscal Jano?

—Sí.

Ella iba a reír, pero se le enfrió la sonrisa en hi boca.

—Pues, no sé —respondió evasiva.

—Diez pavos si me informas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo un amigo que busca trabajo y le han dicho que a lo mejor con el mariscal Jano lo encontraba.

—¿Y ese amigo eres tú mismo, rico?

—Quizá.

—¿Dónde están los diez pavos?

Para situaciones como aquélla había que llevar dinero en efectivo, lo que era raro en la mayoría de los habitantes del planeta, que solían pagar sus cuentas con su tarjeta de crédito.

Le alargó disimuladamente los billetes a la joven y ésta los hizo desaparecer en su vestido. Tomó la copa que tenía delante y mientras se la acercaba a los labios, dijo:

—Al fondo de la sala, detrás de la ruleta, hay una cortina. Detrás de esa cortina verás una mesa de póquer donde acostumbra a jugar Lugan. El es quien se entiende con los que buscan al mariscal Jano.

—Gracias, encanto —le dijo, apartándose de ella.

—Eh, espera, date una vuelta primero, que no vean que de mí te vas al mayor Lugan. No quiero que me pongan las manos encima. Estos tipos de la milicia espacial son muy generosos, pero cuando llevan malas pulgas se ponen un poco rudos v quién lo iba a decir, tan asépticamente que los preparan, tan disciplinadlos, tan tríos e inteligentes, pero cuando les dicen «se acabó la milicia, hala, a cobrar el jubileo», se destapan y se convierten en unos brutos. Tú no serás uno de ellos, ¿verdad? No tienes cara, eres demasiado joven.

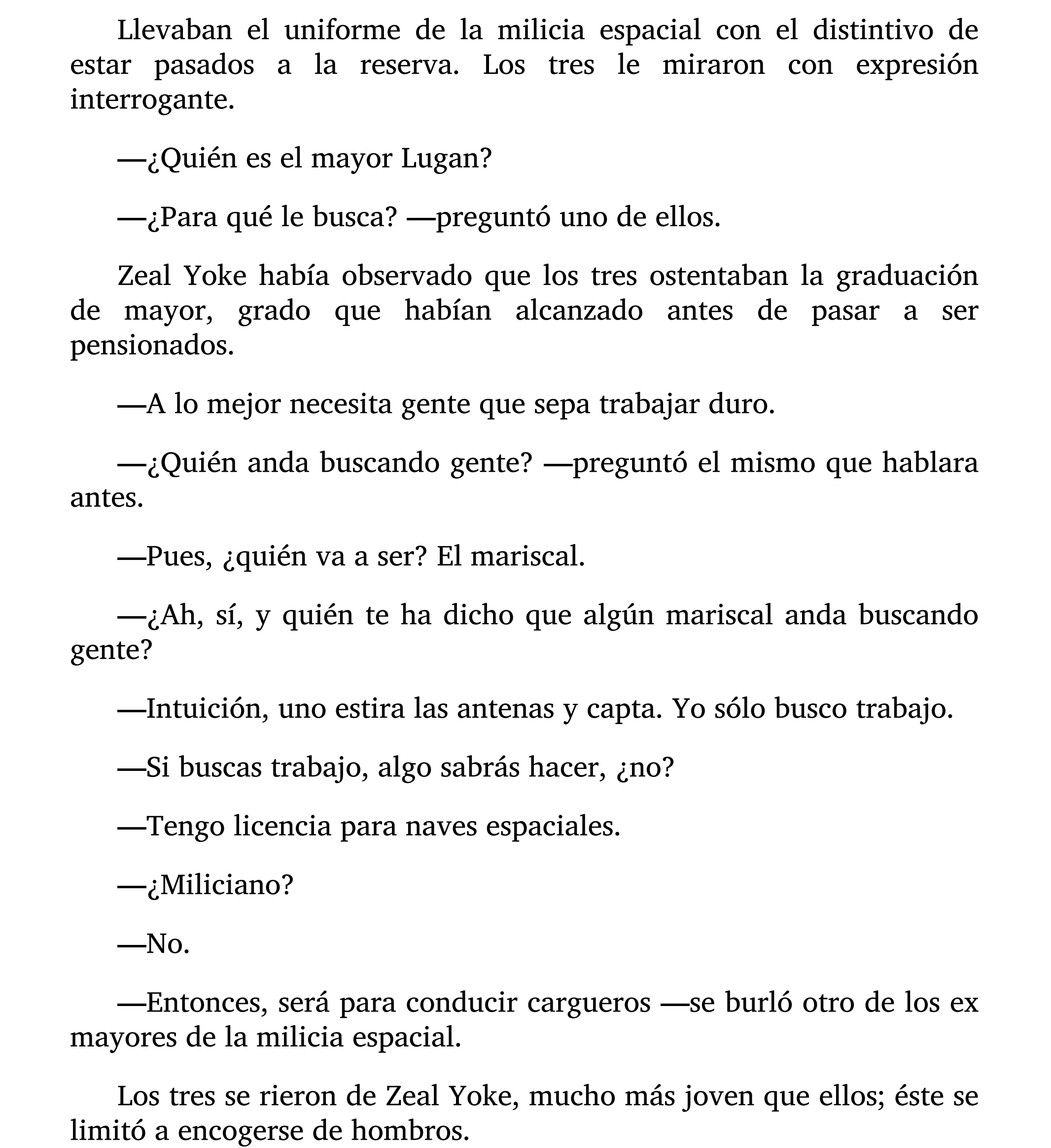
—Yo no pertenezco a la milicia espacial, pero a mí me merecen un gran respeto. Son hombres que arriesgan mucho en situaciones difíciles.

—Ya será menos. Total, sólo tienen que sortear meteoritos. El día que tengamos una invasión en serio no sé qué va a pasar.

Zeal Yoke se separó de la chica y se acercó a la pista donde estuvo observando a unas danzarinas. Era algo que al hombre jamás le parecía anodino o tedioso: El movimiento de una mujer ondulando su hermoso cuerpo.

La bailarina-estrella se fijó en que Zeal Yoke la observaba y le sonrió abiertamente.

Zeal Yoke esperó a que terminara el baile y se acercó a la ruleta; luego, fue hacia los cortinajes. Los apartó con la mano y descubrió la mesa de póquer ante la que sólo había tres hombres que jugaban sin prisas.



Llevaban el uniforme de la milicia espacial con el distintivo de estar pasados a la reserva. Los tres le miraron con expresión interrogante.

—¿Quién es el mayor Lugan?

—¿Para qué le busca? —preguntó uno de ellos.

Zeal Yoke había observado que los tres ostentaban la graduación de mayor, grado que habían alcanzado antes de pasar a ser pensionados.

—A lo mejor necesita gente que sepa trabajar duro.

—¿Quién anda buscando gente? —preguntó el mismo que hablara antes.

—Pues, ¿quién va a ser? El mariscal.

—¿Ah, sí, y quién te ha dicho que algún mariscal anda buscando gente?

—Intuición, uno estira las antenas y capta. Yo sólo busco trabajo.

—Si buscas trabajo, algo sabrás hacer, ¿no?

—Tengo licencia para naves espaciales.

—¿Miliciano?

—No.

—Entonces, será para conducir cargueros —se burló otro de los ex mayores de la milicia espacial.

Los tres se rieron de Zeal Yoke, mucho más joven que ellos; éste se limitó a encogerse de hombros.

—Si no interesa, ya buscaré trabajo en otra parte.

—¡Espera!

Zeal Yoke se volvió.

—¿Esperar a qué?

—¿De veras tienes licencia para pilotar naves espaciales?

—Sí.

—¿Hasta dónde has llegado?

—En una nave científica llegué a orbitar el planeta Neptuno.

—No está mal, es un buen viaje. La nave debía ser buena para llegar a Neptuno y regresar. Eso no es como darse una vuelta por la Luna.

—¿Crees que es de fiar? —rezongó otro de los presentes.

—No sé, eso ya lo decidirán quienes tengan que opinar en su momento. —Se volvió hacia Zeal Yoke e inquirió—: ¿Cómo te llamas?

—Yoke.

—Bien, Yoke. ¿Tienes vehículo para adentrarte en el; océano?

—Sí, poseo un Llamp-SGL particular.

—Un buen cacharro, sí, señor. Te vas a presentar en las coordenadas que voy a darte. El mariscal está investigando en arqueología, puede que te den trabajo o puede que no, claro que no estarás mal de fondos si tienes un Llamp-SGL.

—Me gustan los juguetes caros y los encargos arriesgados. ¿He de llevar algún salvoconducto?

—No será necesario. Encontrarás una plataforma de aterrizaje flotando en el lugar de la coordenada. Aquél es un reducto de aficionados a la arqueología, claro que buscar piezas arqueológicas bajo el océano siempre puede resultar peligroso.

—¿Está empeñado en asustarme, mayor Lugan?

—No es eso, simplemente que al mariscal no le hacen falta consejos.

Le indicaron unas coordenadas que las propias hermanas Kaio podían haberle facilitado rápidamente, pues el mariscal Jano no ocultaba su presencia ni las instalaciones, es más, muchos que le habían mirado con recelo se sentían tranquilos sabiéndole en mitad del océano Atlántico, buscando piedras milenarias bajo las aguas.

Pasó entre las mesas donde se bebía y charlaba. Aquellos hombres se repetían unos a otros las ya mil veces contadas historias sobre hazañas en el cosmos, historias infladas por la imaginación y el ego de quien las explicaba.

Salió del club. Se dirigía hacia el lugar de aparcamiento cuando descubrió ante él una figura ondulante, una figura que destacaba en la

penumbra de los jardines en la noche.

Era una mujer de hermosos cabellos rojos.

—Clio Kaio...

—¿Sorprendido? —runruneó ella.

—Sí, una mujer tan importante y sola aquí...

—¿Me llevas?

—¿Adonde?

—No sé, es temprano aún, ¿no crees?

Anduvo hacia Zeal Yoke haciendo oscilar sus redondas caderas a cada paso que daba. Sin duda alguna, aquella mujer era una completa provocación, sensitiva y sensual en sí misma. Y Clio Kaio era consciente de ello.

—De acuerdo, la noche es joven, vamos.

CAPITULO III

—Me has seguido, ¿verdad? —le preguntó Yoke, sentado ya frente a los mandos de su vehículo,

—Te he hecho seguir.

—Ya, una Kaio lo puede todo.

—Si no todo, casi todo.

—Clio, eres muy hermosa, pero me gustaría saber qué pretendes de mí.

—No aburrirme.

—Eso está bien. ¿Saben tus hermanas que has venido tras de mí?

—No.

—¿Te lo hubieran prohibido?

—Ellas no pueden prohibirme nada.

—¿Poseéis las tres idéntico poder en el imperio Kaio?

—Ajá —asintió aquella bella gatita.

—Pero se molestarían si supieran que estás aquí, ¿verdad?

—Es posible, las tres somos muy diferentes.

—De acuerdo, vamos.

Zeal Yoke puso en marcha el Llamp-SGL, que abandonó el área de parking v se elevó para introducirse en una aeropista.

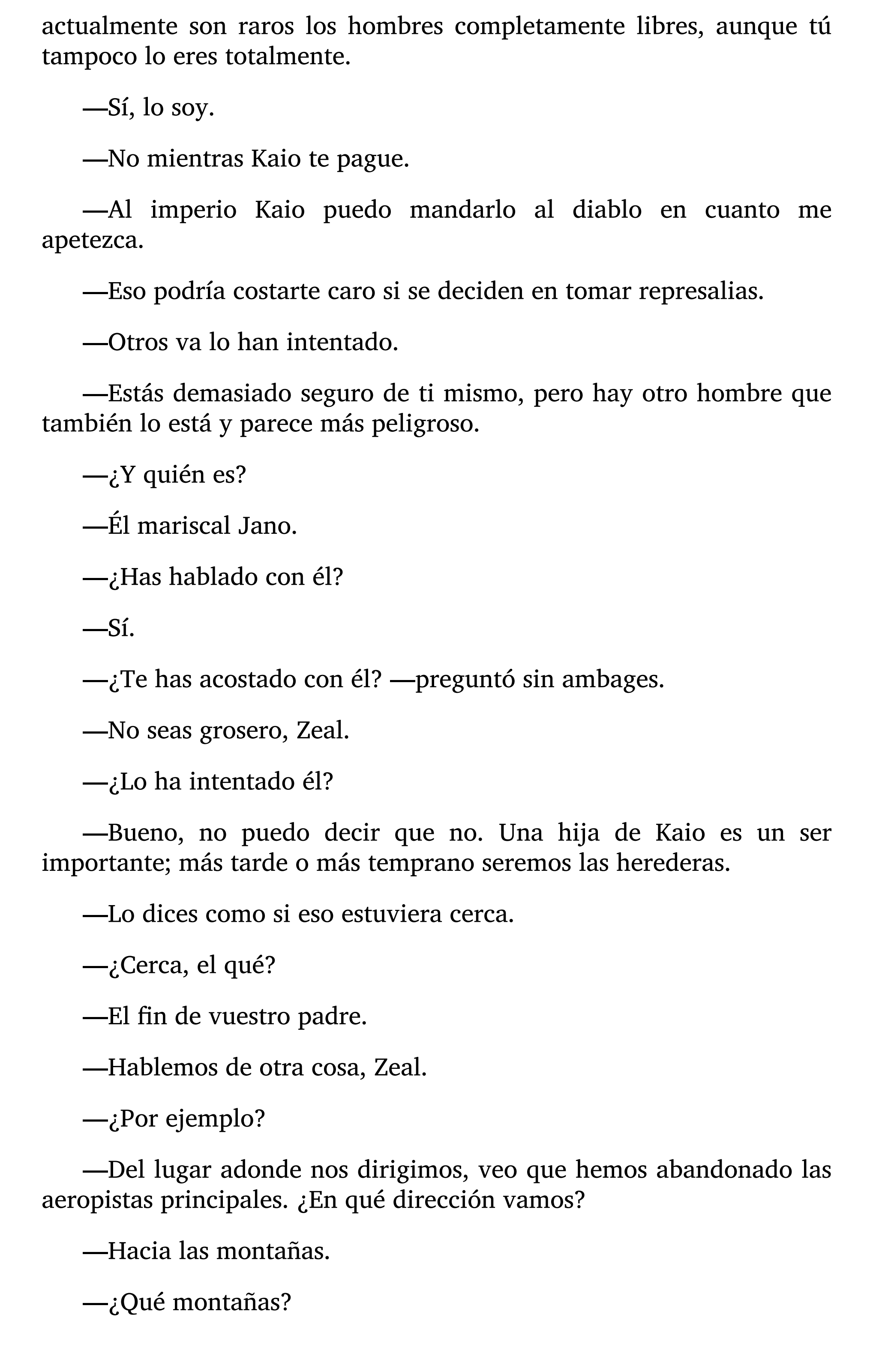
—¿Adonde me llevas? —inquirió la mujer.

—Es una sorpresa.

—Entonces, no me lo digas, así será más divertido. ¿Sabes que me caes muy bien, Zeal?

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque tú no estás bajo la bota de ninguna empresa. Eres libre y



actualmente son raros los hombres completamente libres, aunque tú tampoco lo eres totalmente.

—Sí, lo soy.

—No mientras Kaio te pague.

—Al imperio Kaio puedo mandarlo al diablo en cuanto me apetezca.

—Eso podría costarte caro si se deciden en tomar represalias.

—Otros va lo han intentado.

—Estás demasiado seguro de ti mismo, pero hay otro hombre que también lo está y parece más peligroso.

—¿Y quién es?

—Él mariscal Jano.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Te has acostado con él? —preguntó sin ambages.

—No seas grosero, Zeal.

—¿Lo ha intentado él?

—Bueno, no puedo decir que no. Una hija de Kaio es un ser importante; más tarde o más temprano seremos las herederas.

—Lo dices como si eso estuviera cerca.

—¿Cerca, el qué?

—El fin de vuestro padre.

—Hablemos de otra cosa, Zeal.

—¿Por ejemplo?

—Del lugar adonde nos dirigimos, veo que hemos abandonado las aeropistas principales. ¿En qué dirección vamos?

—Hacia las montañas.

—¿Qué montañas?

—Altas montañas con nieve.

—No me gusta la nieve, es muy fría.

—Tengo un refugio donde suelo pasar algunos días cuando quiero una tranquilidad total.

—¿Y ese refugio huele a mujeres?

—Tanto como oler… Más bien creo que huele a leña quemada.

—Un sistema de calefacción muy primitivo.

—Primitivo y poco efectivo comparado con nuestros modernos sistemas de aire acondicionado, mas no me negarás que es muy hermoso. Por cierto, ¿por qué tu hermana Talía se cubre el rostro con una máscara?

—Un accidente.

—¿Grave?

—Sí, se quemó. En realidad, no tuvo ella el accidente sino que estaba cerca del lugar donde ocurrió y se produjo una gran deflagración que la alcanzó de lleno.

—Pobre Talía. ¿Se puso en manos de médicos?

—Los mejores, pero… —dejó el resto en el aire.

Por una aeropista de alta montaña se introdujeron entre valles nevados, junto a altos picachos también coronados por nieves eternas.

Al fin, entre unos abetos apareció un primitivo refugio de troncos cuya techumbre estaba cubierta de nieve.

Zeal Yoke acercó el Llamp-SGL cuanto pudo e iluminó el suelo junto a la puerta con el faro. Pulsó un botón y el faro emitió un poderoso bombardeo de rayos infrarrojos que fundió la nieve abriendo un camino hasta la puerta de la casa.

—Ya podemos bajar —dijo apagando todos los contactos de su vehículo.

—Afuera hará mucho frío. ¿No hubiéramos estado mejor en la playa?

—Habría sido más vulgar, Clio. Para pasarlo bien en cierta forma, lo mejor es hacer un viaje, una regresión a lo primitivo, al frío y al

calor del fuego que produce la leña que arde.

Clio suspiró.

—Está bien, vamos abajo.

Salieron del vehículo y corrieron hacia la entrada del refugio. Zeal Yoke sólo tuvo que empujar la puerta, entraron y luego cerraron. El hombre encendió la luz eléctrica que proporcionaba una pila atómica colocada en el subsuelo.

—Aquí dentro también hace mucho frío —protestó la bella y sensual Clio mientras se abrazaba a sí misma con grandes estremecimientos.

Zeal se acercó a la gran chimenea-hogar, repleta de leña, y la encendió con el micro-láser que solía llevar consigo.

Pronto, los troncos comenzaron a arder y a crepitar, esparciéndose por la estancia el grato olor a madera, a resinas quemadas. Clio se acercó al fuego y poco a poco se le pasó el enfado.

—Es cierto que aquí se está bien, el fuego es subyugante. Siempre igual y siempre distinto; las llamas ondulan.

—Como tu cabello —comentó el hombre, acariciándoselo.

—¿Tú crees que mi pelo se parece al fuego?

—Sí, y me gusta mucho.

—¿De modo que en este refugio de alta montaña nos encontramos solos, completamente solos?

—Así es y aquí no hay ningún emisor para pedir ayuda, ni siquiera ningún receptor de radio u otro sistema de comunicación.

—Pero, en tu vehículo si llevarás todos esos artilugios de telecomunicación, ¿verdad? —preguntó, algo asustada.

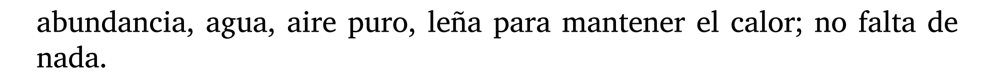
—Sí, en el Llamp-SGL, pero en el refugio no y se me está ocurriendo que sería divertido dejarte aquí.

—¿Sola? —inquirió parpadeando.

—Sí, completamente sola.

—¿Es que quieres asesinarme?

—¿Asesinarte? Oh, no, claro que no, aquí hay comida en



abundancia, agua, aire puro, leña para mantener el calor; no falta de nada.

—Incluso, la soledad.

—Exacto, incluso la soledad. Es un lugar magnífico para meditar, por ejemplo, sobre ese maldito sistema de empresas que domina el planeta Tierra, es decir, nuestra civilización.

—¿Eres uno de esos tipos que están contra las empresas?

—No contra las empresas, pero… En fin, no quiero discutir con una mujer y menos si se llama Kaio.

Se acercó a ella v le puso las manos sobre la cintura. Clio clavó sus ojos en las pupilas del hombre, pero no se apartó. Zeal Yoke acercó su rostro al femenino y buscó sus labios carnosos y jugosos como fruta en su punto. Los mordisqueó.

—No irás a hacerme la marranada de dejarme aquí sola, ¿verdad?

—No temas, no te voy a dejar sola. Tú has venido buscándome y me has encontrado.

—¿Y ahora qué?

—Podré permitirme el placer de averiguar cómo es de sensual y ardiente una Kaio.

—Si te oyeran mis hermanas…

—¿Ellas no quieren saber nada del amor?

—Para los Kaio, lo más importante es el poder.

—Pensando en el poder se descuida uno a veces de disfrutar lo que ya ha conseguido. —Y volvió a besarla.

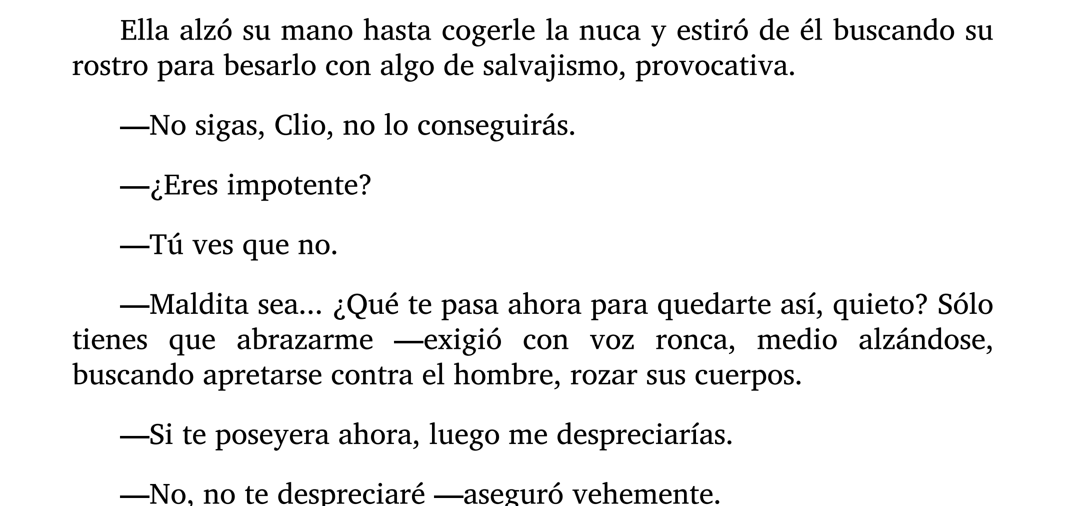
Al poco, Clio estaba frente a la chimenea, tendida sobre una gran alfombra de piel. Zeal Yoke acariciaba su hermoso y cuidadísimo cuerpo, sentado junto a ella. Ambos recibían sobre sus cuerpos desnudos el suave calor del fuego.

—¿Por qué no te decides, es que no te excito? —runruneó ella.

—Sí, sí lo haces, pero me siento como un juguete en tus manos.

—¿Y eso te molesta?

—Me molesta ser esclavo de los sentidos.



Ella alzó su mano hasta cogerle la nuca y estiró de él buscando su rostro para besarlo con algo de salvajismo, provocativa.

—No sigas, Clio, no lo conseguirás.

—¿Eres impotente?

—Tú ves que no.

—Maldita sea... ¿Qué te pasa ahora para quedarte así, quieto? Sólo tienes que abrazarme —exigió con voz ronca, medio alzándose, buscando apretarse contra el hombre, rozar sus cuerpos.

—Si te poseyera ahora, luego me despreciarías.

—No, no te despreciaré —aseguró vehemente.

—Mientes, Clio, coqueta y mentirosa como la historia misma.

—Entonces, ¿para qué me has traído aquí? —inquirió ahora agresiva, enfrentándosele, poniendo sus senos turgentes y bien altos al alcance de las manos nervudas del hombre.

—Deseaba saber hasta dónde ibas a llegar.

—Quieres ser tú quien se ría, ¿eh?

—Reírme, no, pero tampoco voy a dejar que me utilices como a un juguete. Ya sé que te parecerá increíble que a ti, precisamente a ti, la todopoderosa Kaio, multimillonaria y además hermosísima y sensual, un hombre no se te rinda.

—Pretendes humillarme, ¿verdad? Lo pretendes precisamente porque soy multimillonaria y tú no eres nadie, un simple investigador privado que se juega la vida por unos pocos miles. Te quieres sentir poderoso rechazándome, ¿verdad?

—Ha habido algún momento en que he creído que iba a estrecharte contra mí y poseerte hasta las últimas consecuencias.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque de pronto me he dado cuenta de que estaba resultando tan fácil como pagar a una furcia.

La respuesta de Clio no se hizo esperar. Le largó una sonora bofetada, que Zeal Yoke encajó sin pestañear.

—¡Te arrepentirás por haberme insultado llamándome puta!

—Yo no he dicho eso.

—¡Sí lo has dicho, sí lo has dicho y me vengaré de ti!

Ella se puso en pie y corrió hacia la puerta. La abrió y se disponía a salir, pero desnuda como estaba, sintió la brutal diferencia de temperatura y volvió a meterse en la casa, cerrando apresuradamente. Afuera había demasiada nieve, demasiado frío.

—Anda, vístete, que nos largamos. Tendrás tiempo de llegar al amanecer al imperio Kaio, yo tengo todavía algún tiempo de viaje.

A Clio se le había ensombrecido el rostro y miraba con verdadero odio a Zeal Yoke, que no había sucumbido ante sus encantos femeninos cuando, obviamente él estaba muy lejos de ser un impotente sexual.

Minutos más tarde, el Llamp-SGL se alejaba del primitivo, pero confortable refugio de Zeal Yoke, rodeado de nieve y con el calor del fuego de la chimenea impregnándolo todo.

CAPITULO IV

Hacía ya largo rato que sobrevolaba las aguas oceánicas.

El día era claro, luminoso, y el agua brillaba allá hacia donde Zeal Yoke dirigiera su vista. Había pilotado su Llamp-SGL sin dejar de pensar en las hermanas Kaio y en el mismísimo Kaio, el padre de las tres mujeres que no aparecía por parte alguna. Recordaba a Clio que se había despedido de él con un rabioso: «¡Te acordarás de mí!»

Zeal Yoke no tenía miedo ante una multimillonaria, pero sí era de temer una mujer despechada, una mujer que se creía con derecho a todo y que justo en el momento cumbre, el más difícil para soportar el rechazo, había sido mantenida a distancia pese a sus provocativos ofrecimientos.

¿Qué podría hacer Clio en su contra? Ya se enteraría...

Al fin, en la pantalla de su vehículo apareció la plataforma sobre la que pudo ver tres o cuatro vehículos de distintos tamaños; había incluso un carguero, detenido en un lugar donde no pudiera molestar. La gran plataforma era circular y bajo la misma debían estar las dependencias generales y los servicios.

Movió su teclado y lanzó al aire su identificación automática. Abrió luego el telecomunicador y pidió:

—Permiso para tomar suelo en la plataforma.

—Permiso concedido —respondieron desde la base arqueológica.

El Llamp-SGL dio una vuelta en círculo sobre la plataforma y descendió hasta posarse en ella.

Abrió la portezuela y saltó al exterior. Se le acercaron dos hombres que llevaban cascos de acero-plástico de color rojo. En sus trajes de trabajo llevaban uno distintivos dorados que Zeal Yoke observó no correspondían a los de la milicia.

—¿Es usted Yoke? —preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo; veo que esperaban mi visita.

Se estrecharon las manos.

—Nos avisaron de que llegaría.

—Pues ya estoy aquí. ¿Cómo van las investigaciones?

Los dos hombres se miraron entre sí cambiando una mirada de inteligencia. Uno de ellos respondió:

—Bien, bien. Estamos reconstruyendo un templo sumergido en las profundidades.

—¿Un templo, de los atlantes?

—No estamos muy seguros aún. Esta zona es de aguas poco profundas y como la luz llega bien abajo, est recubierta de flora y también tiene moluscos de todas clases. Venga con nosotros.

—Sí.

Se dirigieron al centro de la plataforma donde existía un ascensor y una escalera de emergencias. Le condujeron a la oficina de personal donde había una azafata.

—Valery, éste es Yoke. Tómale los datos y dale una vuelta por las instalaciones.

Valery era una joven alta y en apariencia delgada pero poseía unos senos redondos y bien formados que quedaban moldeados por la tela de su holgada camisa ya que hacía calor. Se notaba que la mujer no usaba más prendas bajo la camisa. Utilizaba pantalones cortos de color blanco y su indumentaria estaba lejos de ser un uniforme. Sobre sus cabellos rubios trigueño usaba una especie de gorrita con visera de color rojo con unas franjas doradas. En esto sí se parecía a los hombres que le recibieran a su llegada a la plataforma y que ya no estaban junto a Zeal Yoke.

—Bien, me dará todos sus datos.

—¿Por qué no damos la vuelta primero y doy los datos después?

—Bueno, déjeme su placa de identificación —pidió la joven con una sonrisa amistosa.

Zeal Yoke le entregó la placa, que la joven colocó en la foto-recepción y la máquina la impresionó por ambos lados. Valery se la devolvió v tomando de un estante un casco de acero plástico color rojo sin emblema alguno, dijo:

—Póngase esto.

—¿Es obligado?

—Si, es obligado, norma general.

— Si es una norma general...

Se puso el casco v la muchacha también se colocó otro, dejando sobre la mesa aquella gorrita que debía utilizar mientras estaba en su oficina de recepción y personal.

Valery, igualmente atractiva con el casco, condujo al recién llegado hasta un ascensor en el que descendieron hacia el interior del agua. El ascensor era transparente, totalmente encristalado para que pudiera verse bien en derredor. En aquel punto, la profundidad era de unos cincuenta o sesenta metros.

Ya en el fondo marino, abandonaron el ascensor para pasar a una amplia sala también encristalada. El día era luminoso y la luz se introducía con facilidad, aunque a aquella profundidad se utilizaban focos exteriores que iluminaban el fondo como si fuera un parque arqueológico muy cuidado.

—¿Lo que veo ahí afuera es auténtico?

Zeal Yoke, al preguntar, se refería a unas columnas y restos de paredes.

—Sí, todo es auténtico. Puede decirse que pertenece a alguna finca muy importante no lejana a Poseidonis.

—¿La capital de la sumergida Atlántida?

—Sí, pero todo son suposiciones. De momento, fueron descubiertos estos restos arqueológicos y, como verá han sido limpiados escrupulosamente.

—Menos mal que no se ha cometido el error de extraerlos de su emplazamiento original, es decir, sacarlos del agua para llevarlos a tierra.

—No, aquí cada pieza descubierta es limpiada y se le da una capa de antiincrustantes marinos. Es un sistema no contaminante que evita que se adhieran la flora y la microfauna o los moluscos.

—Es muy hermoso ver todo esto. El mariscal Jano está realizando aquí un magnífico trabajo.

—Eso pensamos todos.

Valery siguió avanzando por un túnel encristalado desde el que en lodo momento podía contemplarse el fondo marino. La instalación era arriesgada por su gran extensión y ciertamente hermosa.

No cabía duda de que además de buenos arqueólogos, el mariscal Jano contaba con excelentes ingenieros especialistas en obras subacuáticas.

Pese a todo, la inversión no quedaba aún justificada por cuanto Zeal Yoke estaba viendo. Debía haber más, mucho más. Mil millones era mucho dinero y tan bien podía ser posible que el mariscal Jano no hubiera recurrido sólo al imperio Kaio para obtener fondos, sin que también le hubieran subvencionado otros imperios industriales.

El motivo de la arqueología era bueno y pacífico pues a lo que no estaba dispuesto nadie era a dar dinero para fomentar alguna aventura militar y la arqueología quizá era lo que más lejos estaba de cualquier empresa militar.

Llegaron a una gran sala-distribuidor. Cristales en paredes, puertas, techos, túneles que partían de la misma, encristalados unos y de acero otros. Allí había actividad. Varios hombres se cruzaron con ellos, alguno saludó a Valery y los más iban ensimismados en sus tareas.

Se hallaban como al pie de una colina submarina y afuera había varios hombres-rana trabajando e incluso había dos con tractores submarinos limpiando.

—¿Qué hacen ahí afuera? —preguntó Zeal Yoke.

—Eso que ve ahí no es una colina.

—¿Ah, no?

—No, es exactamente una pirámide.

—¿Una pirámide de construcción humana?

—Así es, obra de quienes vivieron hace milenios en este lugar ahora sumergido, una zona que se ha dado en llamar la Dorsal Atlántica, vasta extensión de tierra que se halla cerca de la superficie, En las Azores emergen lo que en tiempos pretéritos fueron altos picos, en realidad son las cumbres de una cordillera sumergida, lo mismo que las islas Fórmicas. Los navegantes, desde antiguo, conocían estos lugares por lo peligrosos que eran, ya que las rocas podían destrozar los cascos de sus barcos. Resultaba increíble que en medio del océano, tan lejos de Europa y de América, existieran sitios donde un hombre

pudiera salir de su barca y quedar en pie sobre una piedra.

—Mientras no hubiera mar arbolada.

—Si, eso es verdad, porque lo habría barrido. Cuanto hay tempestad, muchos de estos minúsculos islotes quedan sumergidos, pero están ahí, advirtiéndonos de su peligrosidad a la vez que pregonan que esto fue un continente que existió en el pasado y que ahora se halla sumergido.

—La leyenda de los atlantes.

—De los atlantes y de los no atlantes. La literatura griega señala que estas áreas fueron cuna de los atlantes, pero también de Italia se habla de romanos y existió la enigmática civilización de los etruscos.

—¿Creen que hubo aquí dos civilizaciones desaparecidas?

—Creemos que hubo una civilización muy especial que podía no ser de aquí y que luego, gracias a sus enseñanzas o incluso a su mezcla con indígenas de estos lugares, dio origen a una cultura también superior a otras, una cultura que conocía secretos ignorados por otras civilizaciones del planeta Tierra.

—¿La teoría de los extra terrestres en épocas antiguas, el astronauta de Palenque en México, que data unos cien años después de Cristo, u otros similares?

—Es posible, es algo que estamos investigando.

—¿Precisamente en esa pirámide?

—Sí, ¿por qué no? Tiene encanto tratar de descifrar los enigmas de una pirámide submarina, ¿no?

—Es cierto, pero las pirámides de Egipto, que contienen maravillas, no han descifrado nada respecto a la posible intervención de extra terrestres en su construcción.

—Puede que las pirámides egipcias no fueran más que una copia, una degradación lenta, pero progresiva de lo que los egipcios habían podido ver en este continente ahora sumergido.

—¿Creen entonces que esta pirámide u otra semejante, sumergida aquí bajo el Atlántico, podía ser inicio de la cultura de los egipcios, la estrella oriental dora de todas las pirámides?

—Puede ser, es una teoría más que estamos investigando.

Zeal Yoke miró hacia la oscura pirámide, en parte recubierta de fauna microscópica y flora que los hombres rana trataban de limpiar dejando al descubierto los bloques de piedra.

—¿Creen que podrán entrar ahí?

—No estamos seguros. Aquí no se pueden utilizar los rayos X como en las pirámides terrestres para busa los túneles interiores. Aquí, la labor de búsqueda sea más laboriosa, pero más tarde o más temprano conseguiremos entrar. Al mismo tiempo, en acción paralela, buscamos en toda la zona vestigios arqueológicos.

—¿Esperan encontrar dentro un tesoro similar al que en 1922 descubriera el norteamericano Howard Carter con la tumba de Tut-Ankh-Amón?

Ella sonrió, burlona.

—Si sólo fuera eso, no merecería la pena todo este esfuerzo y lo que aquí se está gastando.

—¿Ah, no?

—No. Creemos que Tut-Ankh-Amón lue alguien importante en Egipto y que se llevó un gran tesoro a la tumba, pero era un ser inferior al que inició la construcción de las pirámides. En realidad, los egipcios, imitando, buscaban la inmortalidad, vivir después de la muerte, pero sus imitaciones no eran más que las que puede hacer un niño ante un adulto. Un niño, con unas maderas y unos plásticos, construye un camión, incluso puede llegar a hacerlo grande, pero nunca será como el vehículo carguero de un adulto.

— Interesante teoría. Los egipcios unos imitadores infantiles de otra civilización muy superior...

—Así es. Lo que si admitimos es que debieron poseer muchos secretos de sus imitados, pero jamás llegaron a igualarles y mucho menos a imitarles.

—¿Entonces, volvemos a la teoría de que las pirámides son construcciones de extraterrestres?

—Todas las pirámides, no. sólo una o unas pocas Las demás, lo mismo que en África o en América, son imitaciones.

—¿Y piensan que esa pirámide sumergida es la autentica?

—Es una posibilidad, sólo una posibilidad, por eso traíamos de

descifrar el misterio que oculta en su interior. De momento ya tenemos unos datos muy interesantes.

—¿Y?

—Pues, que sus medidas son exactamente iguales a las de la pirámide de Keops, lados, aristas, altura. Existen indicios para pensar que la pirámide de Keops, que se supone no era un monumento funerario, sino un tratado de astronomía, era una copia de ésta. La construyeron posiblemente para ser iguales a los semidioses que ellos, me refiero a los egipcios, admiraban y temían.

—Muy interesante. Me gustaría entrar en el corazón de esa pirámide.

Sonó un leve ruido en forma de chicharra. Valery se llevó la mano al cinturón oprimiendo el resorte de un pequeño aparatito que llevaba colgado y sonó una voz de hombre que llegó nítida hasta ellos.

—¿Valery?

—Si, Valery a la escucha.

—Conduzca al visitante al despacho del mariscal Jano.

—Ahora mismo vamos.

Cortó la comunicación, alzó su mirada hacia el hombre y dijo:

—Ya ha oído, el mariscal Jano va a recibirle.

—Espero que pueda darme empleo, esto me gusta.

—Sí, es apasionante. No se trata sólo de recuperar unas columnas o unas ánforas, es buscar civilizaciones enigmáticas.

Regresaron por los túneles encristalados al ascensor que ascendió la plataforma flotante y fija, una plataforma que constaba de tres grandes pisos por encima del nivel de las aguas.

Valery le llevó ante la puerta de un despacho que abrió y Zeal Yoke avanzó. Tras la mesa escritorio estaba el mismísimo mariscal Jano, un hombre alto y fornido, de cabello rubio pajizo oscuro, cortado al cepillo.

Tenía unos ojos muy rasgados, con los rabillos hacia arriba, lo que le daba un aspecto extraño que él parecía fomentar.

Valery no les dejó solos; se quedó junto a Zeal Yoke.

—Tome asiento, Yoke —le invitó el mariscal.

—Es un placer conocerle personalmente. He visto que está haciendo una gran investigación submarina.

—Sí, grande y difícil, llena de problemas. No siempre el océano está calmado como ahora y nos permite trabajar. Hay ocasiones en que se enfurece y resulta muy peligroso.

—¿Han tenido bajas?

El mariscal sonrió y lo hizo de una forma que Zeal Yoke estimó burlona.

—He recibido sus datos personales, Yoke; sé que es investigador.

—No lo oculto.

—Vamos, vamos, ¿para quién trabaja?

—Trabajo para quien me paga.

—Eso ya lo sé, pero ahora, ¿para quién?

—No trabajo hasta que usted me dé un empleo aquí, que espero sea bueno, me refiero a que tenga interés. Me gusta trabajar duro, pero en algo que merezca la pena.

—Lo siento, tenemos todos los puestos cubiertos.

—¿No va a darme empleo?

—No, no por ahora, pero si lo que desea es investigar, aunque no quiera reconocerlo, puede hacerlo; aquí no tenemos nada que ocultar. Valery le acompañará adonde le pida, luego usted se marchará y tan amigos. Comprenderá que no voy a contratar a alguien que sospecho me está investigando. No tengo nada que ocultar, pero siempre es molesto tener una especie de espía pegado a los talones y encima pagarle un salario.

—Comprendo su forma de pensar, pero...

—No continúe. Vea lo que le guste, Valery le acompañará, pero luego se marcha.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y cuánto me deja para pasear por sus espléndidas instalaciones?

—¿Qué le parecen dos días?

—Bueno, ¿y por qué no tres?

—Pues tres, eso no importa, pero luego se va. ¿Comprendido?

—Comprendido. Quede bien claro, mariscal, que yo no he tratado de ocultarle nada respecto a mi personalidad.

—Ya lo sé, su identificación ha sido comprobada. De haber ocultado algo, ahora tendríamos que tomar otra actitud muy distinta.

—¿Qué clase de actitud?

—Digamos que más expeditiva. ¿Es suficiente?

—Sí, es suficiente.

—Entonces, buenos días. Discúlpeme, pero no puedo dedicarle más tiempo.

Abandonaron el despacho y ya fuera del mismo, Zeal Yoke comentó a Valery:

—Parece que no le he caído simpático al mariscal.

—Una lástima, a mí sí me ha caído bien.

—Gracias. ¿Me va a enseñar ahora el resto de estas fantásticas instalaciones. Ya que estoy aquí, me daré el paseo.

—Sí, soy su guía. ¿Es cierto que nos está investigando?

—Suposiciones del mariscal y si recela, algún motivo tendrá, digo yo.

—¿Motivos? Aquí no hay nada oculto, todo está a la vista, ya lo puede ver, cristales por todas partes.

—Todo no está a la vista —rezongó Zeal con picardía.

—¿Ah, no, qué es lo que está oculto?

—Lo que queda detrás de la ropa que llevas, Valery.

Ella se lo quedó mirando fijamente, como tratando de averiguar las verdaderas intenciones del investigador privado. Al fin, sonrió.

—Puedo enseñarle las instalaciones, pero no mis peculiaridades anatómicas.

—No pierdo las esperanzas.

—Por favor, no estropee el tiempo que vamos a estar juntos. ¿Por dónde quiere comenzar la visita?

—No sé, me gustaría disponer de un equipo de hombre-rana y visitar los alrededores de la pirámide.

—Sí, ¿por qué no? Yo le acompañaré, sígame.

Zeal Yoke se dispuso a seguir visitando la zona a la vez que realizaba cálculos aproximados de cuanto veía para dar su informe a las hermanas Kaio.

En aquellos momentos, mientras caminaba al lado de la elástica y hermosa Valery, se le ocurrió pensar en qué estaría maquinando Clio Kaio contra él.

CAPITULO V

Zeal Yoke buceó pegado a la pirámide sumergida y no le cupo la menor duda de que aquello era una obra humana al comprobar con sus propios dedos las formas de los bloques de granito colocados unos sobre otros con gran precisión. Ni un solo cabello habría podido introducirse entre dos de aquellos bloques de piedra que a lo largo de milenios habían permanecido allí, unos sobre otros.

Valery buceaba a su lado. Nadaba como un delfín, con una simple cinta cubriéndole el sexo v los senos libres.

No tardó en oscurecerse el fondo del océano, el día estaba muriendo.

Zeal Yoke dio por buena la visita y regresaron al interior de una de las cámaras preparadas al efecto y a la que se accedía entrando por debajo del suelo donde había una escotilla abierta.

La estancia era amplia y allí se dejaban los equipos de buceo. Había armarios, bancos y colgadores como en un vestuario normal y corriente, sólo que allí la presión atmosférica era muy superior, pues era igual a la presión existente en el agua a aquella profundidad.

Abrieron la puerta de uno de los accesos de despresurización y pasaron a una pequeña estancia de acero que tenía dos bancos, uno frente al otro. En aquellos momentos, la presión atmosférica era allí igual a la del vestuario del que acababan de salir y que se hallaba en contacto directo con el agua. De no haber esta compensación de presiones, el agua habría entrado por la escotilla en un chorro tan grande como la propia escotilla, inundándolo todo.

Se encerraron en la cámara de despresurización v compensación. Valery pulsó un botón y comenzó a funcionar un reloj que a su vez controlaba los mecanismos del control de presión, de tal manera que a medida que pasara cada minuto, iría disminuyendo la presión hasta igualar la presión normal exterior a ras de agua, es decir, setecientos setenta y cinco milímetros.

—Ahora sólo hay que esperar y cuando se encienda la luz verde podremos salir de aquí —le dijo Valery sacudiendo su largo cabello mojado.

Encerrados en aquella especie de celda de acero iluminada por un foco circular de escasa intensidad para que no molestara a los ojos, Zeal Yoke pudo admirar a Valery que sólo usaba una especie de cinta que se ensanchaba ligeramente por encima del pubis y se ajustaba gracias a un cordonato, que se tensaba alrededor de las caderas bien definidas.

Estiró su mano y consiguió coger entre sus dedos el cordón.

La mujer le miró muy fijo, había algo de reproche y de desafío en sus ojos.

—¿Qué hace?

—Esto.

El hombre estiró con fuerza y el cordoncito saltó, quedando en su mano la única prenda que ella había usado para cubrirse. Mas, Valery no era de las mujeres que hacían aspavientos continuó quieta y desafiante.

—Te crees irresistible, ¿verdad?

—Menos mal que ya me tuteas.

—Dentro de poco ya no nos volveremos a ver,

—Eso jamás puede decirse.

—En nuestro caso, sí. Hoy o mañana te marcharás y ya no nos veremos más. ¿Para qué comenzar algo que no tendrá continuación?

Zeal Yoke comprendió que pese a su aparente frialdad, Valery había derribado barreras entre los dos. Sólo tenía que insistir, decirle cosas, acariciarla y como él estaba sentado y ella en pie, alargó sus manos y la cogió por las piernas.

—Desde que te he visto me has parecido deseable.

—Eso es tan sólo una pasión animal.

—Es el principio de algo más.

—Ahora es sólo una atracción animal —insistió ella.

—Es posible, pero esa atracción debe existir también para que el amor sea completo. Tú y yo debemos comunicarnos mucho, creo que tenemos grandes cosas que decirnos.

La atrajo hacia sí hasta clavar su mentón contra su vientre al levantar los ojos hacia arriba.

—Y tú quieres comenzar con lo que debería ser la culminación de nuestra posible comunicación amorosa.

—Sí, ¿por qué no? Cuento con poder repetir, llegando luego a otras culminaciones.

—¿Te crees un superhombre?

Frente por frente, la obligó a sentarse sobre sus rodillas, haciéndolo ella a horcajadas. Zeal alzó las manos y la acarició.

La joven trataba de mantener los ojos abiertos y desafiantes, pero éstos empezaron a inundarse de una especie de fiebre ligera y terminó entornándolos. Inclinó el rostro y buscó los labios masculinos que besó ávida y apasionadamente.

Zeal Yoke comprendió que no se había equivocado, Valery podía amar y ser amada. No era como Clio Kaio, que sólo deseaba ser amada, provocar con la sensualidad de su cuerpo y de su espíritu, pero siempre dejándose amar, sin aportar ella nada de su parte.

Clio era como una diosa del amor; Valery era una sacerdotisa que daba y entregaba amor.

Zeal la atrajo contra sí, oprimiéndola, y ambos se fundieron en un violento abrazo mientras los minutos transcurrían y la presión disminuía lentamente; mas, para ellos semejaba aumentar. Como sumergidos en la embriaguez de las profundidades, se lanzaban al paroxismo del amor.

CAPITULO VI

Como huésped ajeno a las instalaciones de investigación arqueológica submarina, le habían asignado un cuarto para él solo, pues Zeal Yoke ya sabía que los empleados dormían en habitaciones múltiples.

La estancia era pequeña. Poseía una litera, una mesita, y una silla; los servicios de aseo estaban en el corredor.

Zeal Yoke pensó que podía pasar allí una o dos noches mientras terminaba de visitar las instalaciones hasta su último rincón, no en vano el propio mariscal Jano había dado su autorización.

Comenzaba a pensar que aquel trabajo sería facilón; iba a ganar un buen puñado de billetes sin esfuerzo alguno, aunque no se llevaría los cien mil, ya que no pensaba descubrir nada extraordinario. Todo allí parecía perfectamente claro, muy a la vista de cualquiera pese a estar la mayor parte de las instalaciones bajo el agua.

El mariscal Jano estaba invirtiendo grandes sumas de dinero en aquel lugar para rescatar piedras antiguas y tratar de descifrar el enigma de la pirámide submarina; podía ser dinero tirado o no, según se mirase; no obstante y pese a no ser un economista, Zeal Yoke encontraba desproporcionado el dinero consumido y el gasto que se suponía a aquellas instalaciones.

En todo lo que había visto no se habría gastado más de doscientos o trescientos millones, ¿dónde estaba el resto? Tendría que averiguarlo, pero ignoraba cómo.

Tendido boca arriba en la litera, pensó en Valery, en lo maravillosa que era aquella mujer excepcional. ¿Le ocultaría Valery alguna cosa de las instalaciones que no conviniera que él viese? Era una incógnita difícil de despejar.

Valery formaba parte del grupo de empleados adictos al mariscal Jano. Si éste maquinaba algo extraño y peligroso para el resto del mundo, ella debía saberlo.

Miró su reloj, habían pasado varias horas. Tenía la sensación de que todo el complejo de instalaciones se hallaba en completa inactividad, pasando la noche a la espera de que llegase el nuevo día

para reanudar sus trabajos, sin prisas.

«La Arqueología es una ciencia que debe tomarse con mucha tranquilidad, con infinita paciencia. La prisa, el apremio, sólo conduce a la destrucción de los propios descubrimientos», le habían dicho a Zeal Yoke por el televideófono al que había llamado para que le dieran unas ligeras nociones sobre Arqueología.

En vano intentó conciliar el sueño, estaba completamente despejado por lo que decidió ir a dar una vuelta por su cuenta sin que nadie le viera.

Abandonó con cuidado v silenciosamente su pequeña habitación y caminó por el corredor hacia el centro de la instalación donde se hallaba el ascensor que bajaba en perpendicular hacia el fondo marino.

Observó que no había nadie por los alrededores y se introdujo en la cabina. Pulsó el botón correspondiente y descendió al fondo. Había una iluminación de vigilancia, no todo el esplendor de iluminación que viera cuando había estado allí acompañado de Valery. De las luces distribuidas por el fondo marino, había encendido una de cada cuatro.

Incluso, las luces de los túneles sólo permanecían encendidas las piloto, que eran más que suficientes para moverse sin problemas. Todo el conjunto adquiría ahora un aspecto más fantasmagórico.

El océano era negro como el fondo de una sima. Los focos iluminaban débilmente y proyectaban sombras desvaídas entre las cuales se movían algunos peces de tonalidades iridiscentes.

El paso de aquellos seres subacuáticos era majestuoso, sin prisas.

Zeal Yoke tuvo la impresión de ver a un pulpo que sí no podía llamarse gigantesco, sí tendría desde la punta de uno de sus ocho tentáculos hasta la superficie de su cabeza en forma de bolsa unos dos metros y medio, quizá tres.

El pulpo estaba abrazado a una columna, como si pretendiera amarla.

Como si el cefalópodo se hubiera dado cuenta de la presencia de Zeal Yoke en el túnel construido en acero y cristal, volvió su enorme cabeza hacia él y le miró con aquellos ojos grandes que poseía, unos ojos casi humanos, severos y algo tristes.

Expulsó un chorro de tinta que enturbió el agua entre el túnel y él mismo, de modo que el hombre dejó de verlo.

El mundo submarino, visto en aquella forma, semejaba un paisaje irreal pero igualmente hermoso.

Llegó por el túnel hasta el gran distribuidor que se hallaba frente a la enigmática pirámide sumergida.

Valery le había contado que debajo de aquel distribuidor había instalaciones de servicios, una de ellas era la pila atómica que alimentaba de energía a todo el complejo.

* * *

Sabía que una de las puertas conducía a las cámaras por donde los buceadores pasaban al agua; por allí habían pasado Valery y él y guardaba un hermoso recuerdo de ello.

Era consciente de que en cualquier momento podía aparecer alguien y descubrirle. Las instalaciones, por su gran complejidad, debían poseer vigilantes. Siempre podía aparecer una filtración de agua, un escape de aire, aunque todo eso debía estar previsto en un sistema automático de detección.

Escogió una de aquellas puertas al azar y se adentró en un almacén de material, un material que no llamó la atención de Zeal. De pronto, medio oculta por unos armarios, descubrió otra puerta en aquel almacén de material. Se acercó, observando que era una puerta de acero con los útiles de seguridad.

Una gran rueda en su centro hacía que cerrase herméticamente. ¿Daría al propio océano aquella puerta?, se preguntó Zeal observándola con atención.

Miró el material y dedujo que si diera directamente a las aguas, todo aquel material no estaría allí. Optó por probar a abrirla. Si había una filtración de agua o una fuga de aire, lo descubriría en seguida.

Hizo girar la rueda y luego estiró. La puerta se fue separando lentamente y nada extraño ocurrió.

Se encontró frente a un túnel de paredes de acero. Ignoraba adonde conducía, pero nada más avanzar unos pasos, el túnel comenzó a descender por una rampa pronunciada.

Zeal Yoke, iluminado por las luces piloto colocadas de trecho, siguió adelante. Por el lugar donde se hallaba y el descenso que efectuaba, intuyó que se adentraba en el subsuelo del fondo marino.

Acabó el descenso y la galería, siempre de paredes, techo y suelo

de acero, se hizo en línea recta. Los pasos del hombre resonaban allí fuertemente, podía escuchar su propia respiración y comprendió que debía hallarse avanzando por una galería excavada bajo la propia pirámide submarina, lo que indicaba que ya debían estar trabajando en su exploración.

De pronto, la galería comenzó a tener un plano de inclinación ascendente que debía estar sobre los veinte grados, más o menos. La galería estaba hecha en espiral, con curvas amplias, posiblemente para poder pasar el material de perforación sin problemas.

Tras aquel primer ascenso, Zeal Yoke se encontró con una puerta también de acero igual a la anterior. Allí debía correr un riesgo si quería seguir investigando y Zeal Yoke decidió asumirlo.

Comenzó a hacer girar la rueda de cierre de la puerta de seguridad y ésta fue abriéndose.

Tampoco descubrió filtraciones de agua ni el clásico silbido que podía delatar una fuga de aire.

Se halló frente a una galería muy distinta a la anterior. En ésta, las paredes eran de piedra y los techos altos, no de dos metros y medio sino de unos cinco. Aquella galería tenía dos direcciones.

Zeal Yoke avanzó primero hacia la izquierda hasta que se topó con un fondo ciego, es decir, la galería terminaba en una pared de granito que le hizo pensar que aquella pared podía ser el bloque de piedra que cerraba la entrada de la pirámide al exterior. Más, estaba tan bien encajado que no se filtraba una sola gota de agua ni podía escapar el aire que él mismo respiraba

Si, no cabía duda de que el mariscal Jano había excavado la pirámide desde el subsuelo de la misma, es decir, buscando la entrada por debajo, cuando cualquiera, tanteando las paredes inclinadas, habría encontrado una galería del interior de la propia pirámide, aunque podía resultar muy bien que tal galería fuese falsa.

Retornó sobre sus pasos; rebasó la puerta de acero y prosiguió su avance por la galería ahora en dirección hacia la derecha, hasta que se encontró con que ésta comenzaba a tomar una fuerte pendiente y sin escalones; también había curvas en distintas direcciones.

Los hombres del mariscal Jano habían colgado unos cables por las paredes y gracias a ellos disponían de iluminación.

A Zeal Yoke le daba la impresión de que estaba a borde de descubrir algo fantástico, algo impresionante

Resoplando, pues el esfuerzo de ascenso había resultado muy duro y quizá también porque había avanzado a un paso largo y muy rápido, Zeal Yoke se encontró al fin en la gran cámara, una cámara de unos cinco metros de altura por diez de ancha y cuarenta o más de larga.

Aquella gran cámara que Zeal supuso debía hallarse en el centro geométrico de la pirámide sumergida con las aguas atlánticas, imponía.

Observó que todas las paredes y el techo estaban revestidas con planchas de oro puro grabado con profusión, incluyendo piedras preciosas y esmaltes que no estaban colocados caprichosamente sino para conseguir figuras, descripciones de seres, de acontecimientos históricos.

Aquello guardaba una gran semejanza con lo descubierto en Egipto, pero era muy superior y más magnífico. Aquellas figuras, que poseían una expresión mucho más real pese a estar grabadas en oro, en su mayor parte aparecían desnudas, pero cuando iban vestidas, nada tenían que ver con los egipcios. Allí estaban claramente representadas figuras de astronautas con sus naves y sus aparatos científicos.

Lo que el mariscal Jano había descubierto y que conservaba en secreto, era algo magnífico, fabuloso, un tesoro incalculable en sí mismo, mas no parecía haber arrancado ni una sola de las gemas incrustadas en el oro no obstante, lo que más llamó la atención de Zeal fue el gran túmulo situado en el centro de la cámara.

Despacio, como si temiera despertar a algún durmiente, avanzó hacia el túmulo que era de piedra. Sobre él vio dos cuerpos también de oro. Recordó la momia de Tut-Ankh-Amón, es decir, el revestimiento de oro de la momia, pero lo que más le sorprendió fueron las excepcionales dimensiones de aquellas dos figuras que aparecían totalmente desnudas y que no cabía duda eran un hombre y una mujer, pero de tres metros ella y tres metros y medio, quizá unos centímetros más, él.

—¡Gigantes! —exclamó para sí.

Se habían tejido infinidad de leyendas en torno a la posibilidad de que hubieran existido gigantes en el planeta Tierra; si las momias que se suponía yacían bajo aquellas figuras de oro eran del mismo tamaño, la leyenda de los gigantes sería realidad.

—¿Satisfecho?

Sorprendido, se volvió bruscamente hacia la entrada. Allí descubrió una figura humana inconfundible que con su voz había roto el encanto de aquel hallazgo por parte de Zeal Yoke.

—Valery…

—El mariscal no te va a perdonar que hayas descubierto la gran cámara fúnebre de los gigantes.

—¿Por qué, qué espera conseguir de todo esto? ¿Venderlo, quedárselo, acaso desguazarlo?

—No, no se trata de expoliar esta tumba.

—Entonces, ¿de qué?

—No puedo hablar más. Mi misión era vigilarte y, verdad, no esperaba que llegaras tan lejos.

—Me habías puesto algún control, ¿Verdad?

—Sí, un sistema automatico. Me ha despertado y sólo he tenido que manipular unos controles y has aparecido en pantalla. No he tardado en saber hacia dónde te dirigías y he venido hasta aquí.

—¿Has dado la alarma?

—No.

—¿Y no temes que yo pueda hacerte algún daño par que no digas nada?

—No, no eres de esa clase, claro que si te persigue tienes derecho a defenderte. Si el mariscal sabe este no te dejará salir de aquí.

—¿Y si yo te pido que no lo digas?

—¿Me pides que traicione a quienes confían en mí

—Razonemos un poco, Valery. Esto es un gran descubrimiento, no hay duda, pero tú has dicho que ha algo más importante.

—Así es.

—¿Puedes decirme de qué se trata?

—Todo está en los grabados.

—¿Te refieres a la historia de estos gigantes?

—Sí.

Valery, sin demostrar ningún temor hacia Zeal Yoke, avanzó hasta una de las paredes y señaló un relieve que era harto significativo.

—¿Sabes qué es esto?

—Una nave interplanetaria.

—Exactamente. Luego, mira este mapa del sistema solar… Los grabados representan a la nave que iba de un planeta a otro hasta llegar al tercer planeta del Sistema Solar, la Tierra.

—Y viene de Saturno.

—No exactamente, procede del satélite de Saturno llamado Titán.

—Lo conozco. Es algo mayor que nuestro satélite

Luna y posee atmósfera, agua, hielos. Es bastante parecido al planeta Tierra en cuanto a sus posibilidades e vida.

—No cabe duda, a juzgar por estos grabados, de que llegaron desde Titán, aunque también es posible, falta descifrar algunas cosas, que vinieran de más lejos y Titán sólo hubiera sido un puente para conseguir alcanzar el planeta Tierra. Sígueme, observa…

—Veo a otros seres pequeños que los adoran como a dioses al llegar aquí. Los recién llegados escogen a un buen número de hembras jóvenes y seleccionadas y las llevan a su nave.

—En este otro grabado, las hembras terrestres vuelven a salir, pero con niños.

—¿Mezclaron las razas?

—Eso se supone, quizá utilizaron inseminación artificial, y pudo ser el nacimiento de una nueva raza mixta que fue el inicio de una civilización distinta. En realidad, quienes debieron construir esta pirámide fueron los seres que los extraterrestres encontraron aquí y debieron dirigir la construcción los nuevos hijos, los mixtos. Ellos debieron grabar la historia de los gigantes y, siguiendo sus instrucciones, los colocaron en esta tumba. Es de suponer que algunos de los atlantes contaron esto y los egipcios se acercaron hasta aquí, vieron la pirámide y tomaron medidas. Se dieron cuenta del poder de estos seres y quisieron imitarles. Por supuesto, todo esto son teorías,

conjeturas, pero en estas paredes está reflejada la historia de estos gigantes.

—Me parece fabuloso, es el descubrimiento de hechos importantes de la historia de nuestro planeta, pero hay algo más, ¿verdad, Valéry, que hay algo más?

—Quieres saber demasiado. Salgamos de aquí y no diré hasta donde has llegado si me das tu palabra de que no revelarás esto a nadie.

Zeal la tomó por las caderas, la atrajo hacia sí y la besó en los labios con profundidad.

Sus voces hallaban eco en las paredes de oro puro.

Formaban ya dos parejas; una, quieta, momificada detenida_ en el ciclo de milenios y la otra, mucho más pequeña de estatura, pletóricos de vida, abrazados, besándose.

—¿Confías en mí, Valery?

—Creo que me perderás, Zeal, me perderás — suspiró.

CAPITULO VII

El Llamp-SGL cruzaba el espacio a gran velocidad.

Valery iba sentada junto a Zeal Yoke al que, de cuando en cuando, miraba de reojo. Había comenzado admirando al aventurero, al investigador privado, una profesión liberal difícil de sostener en un mundo donde todo estaba controlado por las más poderosas empresas.

Cada hombre era simplemente una ficha, un número e iba y venía según le marcaban las computadoras.

En realidad se habían convertido en esclavos de las grandes empresas que se enriquecían glotonamente mientras sometían a sus obreros con un salario ajustado para que no pudieran independizarse y emprender la aventura de algún pequeño negocio por cuenta propia.

Y si los poderosos imperios a lo Kaio no se enriquecían aún más, era porque gastaban parte de sus ingresos en sostener una guerra fría de espionaje y contraespionaje en la lucha contra las otras empresas.

Todos en el planeta Tierra temían que alguno de los imperios industriales consiguiera un poder por encima de los otros imperios rivales y lograra eliminarlos, quedándose como único poder dominante en el planeta.

Si llegaba ese día, la esclavitud del ser humano terrícola sería total. Una multinacional, pensando sólo en ganar más y más poder y dinero, sin límites a su codicia, sería algo terrorífico que sometería a la humanidad entera.

El dominio del conjunto de multinacionales era malo, pero aún sería peor el dominio de una sola. Zeal Yoke no parecía someterse a nadie, por eso Valery le había seguido después de contarle cuanto sabía.

—He traicionado al mariscal Jano —comentó la joven por lo bajo.

—Te has puesto al lado de la Humanidad entera.

—No conseguirás nada, Zeal. Si no es el mariscal Jano quien consigue el dominio, será otro.

—Aún no está todo perdido.

—¿Qué esperanza queda? Si logra sus propósitos, e mariscal Jano

impondrá su dominio de dictador, pero si en vez de él se apodera del secreto de los alienígenas cualquier emporio industrial, éste será también un esclavizador de la Humanidad, no hay escapatoria. El destino irremediable será acabar esclavo de uno o de otros.

—Todavía no está todo perdido, insisto, todavía no. Fue muy malo que los imperios industriales barrieran las nacionalidades y comunidades internacionales para hacerse ellos con el poder; quizá ahora exista la posibilidad de cambiar, de conseguir que la civilización terrícola despierte a una democracia multinacional, un gran parlamento donde los representantes de todos los pueblos velen por los intereses de todos y no de la riqueza de unos cuantos.

—Conseguir ese parlamento multinacional es una utopía. Los grandes imperios industriales y financieros lo controlan absolutamente todo. Comenzó a intuirse que terminaríamos así a finales del siglo veinte; luego, el siglo veintiuno fue dando la razón a quienes esperaban este desastre y en el siglo veintidós en el que nos hallamos, ya ves cuál es el resultado. Somos seres sin personalidad, bajo el poder de lo que en el siglo veinte dieron en llamar «las multinacionales».

—Yo también creía que no existía posibilidad de liberación y quizá el mariscal Jano pensaba lo mismo hasta que descubrió el secreto de la pirámide submarina de los gigantes extraterrestres.

—Pero, el mariscal Jano es un hombre poderoso que puede permitirse el lujo de hacer la guerra a las multinacionales mientras no lo descubran antes de que haya tomado suficiente ventaja.

—Tenemos que adelantarnos a unos y a otros.

—Imposible. Tú sólo dispones de esta nave que está bien para pasear por el planeta Tierra e incluso ir a la Luna sin demasiada velocidad, pero nada más.

—Quizá consiga otra cosa.

En la mente de Zeal Yoke bullía una idea, una idea que podía parecer absurda, pero la única posible. Tenía que probar a ver si daba resultado, por ello se dirigió al laboratorio de ingeniería y electrónica del profesor Eremis.

Detuvo el Llamp-SGL entre otros vehículos para que no destacara a distancia v abrió las portezuelas.

—Bajemos.

—¿Aquí? —inquirió Valery, decepcionada al ver tanto cacharro de

desguace, pues aquel laboratorio parecía una chatarrería más que otra cosa.

—Terrícolas, deteneos —exigió la voz de bocina del robot Dino, que saliendo de entre unas vigas se les enfrentó.

—¿Nos va a destruir?

—No temas, Valery, es el robot del profesor Eremis. Dino, soy Zeal Yoke.

—Tu identificación, terrícola —exigió el robot-biónico.

—Aquí está, Dino. —Y le mostró su placa.

—Qué feo es —susurró la joven—. Debe estar a punto de desguace.

—No digas eso, que nunca se sabe hasta dónde captan esos seres y más habiendo sido construidos por el profesor Eremis; podríamos herir sus sentimientos.

—Perfecto, terrícola Yoke. ¿Y la hembra terrícola?

—Muéstrale tu placa, Valery.

—Sí, en seguida.

El robot bionico fijó su cámara a través de la burbuja de cristal que constituía su cabeza en la placa de Valery v respondió:

—Positivo. Todo en orden, terrícolas.

—Dino, quiero ver en seguida al profesor Eremis.

—Seguidme, terrícolas.

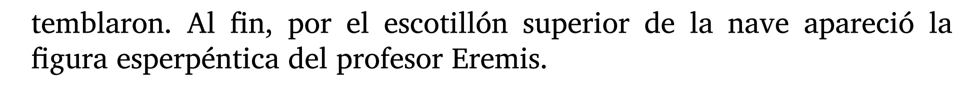
El robot dio media vuelta y echó a andar. La pareja siguió entre las montañas de hierros y cables.

Se adentraron en el gran hangar, descubriendo la extraña nave pentagonal que a Zeal Yoke, a primera vista, le había parecido un gigantesco cangrejo, especialmente por sus patas soporte y la forma de colocar sus faros.

El robot aumentó los decibelios de su bocina para llamar:

—¡Profesor Eremis, profesor Eremis!

Valery tuvo que taparse las orejas para no ensordecer y los aceros



temblaron. Al fin, por el escotillón superior de la nave apareció la figura esperpéntica del profesor Eremis.

—¿Qué pasa, Dino, por qué llamas ahora? ¿Es que no tienes trabajo?

—Positivo, profesor Eremis, tengo trabajo, pero han llegado dos terrícolas, varón y hembra, quieren verle.

—¡Profesor Eremis! —le interpeló el propio Zeal Yoke.

—Hola, ¿qué pasa, es que no te funciona la Llamp- SGL?

—Sí, sí funciona, es que quiero hablar con usted.

—Ahora bajo.

El profesor Eremis se puso en el tobogán de descenso y mientras se deslizaba, haciendo que el viento esponjara aún más sus cabellos blancos y abundantísimos, Valery preguntó a Zeal por lo bajo:

—No irás a confiar en este hombre, ¿verdad?

—Cuidado… Dino nos puede estar escuchando y darle luego al profesor Eremis una cinta grabada de nuestra conversación.

Valery miró con recelo al gran robot bionico y éste, como captando la mirada de la mujer, volvió su ojo electrónico hacia otra parte.

—¿Qué, cómo va eso, Zeal Yoke? —inquirió el profesor abandonando su tobogán.

—Profesor, tengo algo importante, muy importante, entre manos. ¿Podemos confiar en usted?

—¿En mí? ¡Hombre, ya era hora de que alguien quisiera confiar en mí!

Valery suspiró y alzó sus pupilas hacia el techo. Pensaba que Zeal Yoke estaba loco por confiar en aquel sujeto casi espeluznante con aspecto de psicópata. Las brillantes pupilas del profesor Eremis bailaban detrás de los cristalitos redondos de sus gafas.

—Profesor, no es ningún juego, se trata de algo importante y grave, quizá nos vaya la vida en ello.

—¿La vida? —Se cogió el mentón bien rasurado, quedó un instante pensativo y luego comentó—: Eso si debe de ser importante.

Claro que me interesa, pero no sé en qué puedo ser útil.

—Necesitamos una nave espacial para hacer un largo viaje.

—¿Una nave espacial? Eso es fácil, mirad, esto es una nave.

—Zeal, es mejor que abandonemos —aconsejó Valery.

—Tranquilízate. El profesor Eremis no tiene sentido de la estética ni de la belleza, pero es un genio.

—Gracias, muchacho, gracias, eres el único capaz de decir algo semejante. Señorita, lo cierto es que vivo de hacer chapuzas, pero en mis ratos libres hago cosas grandes y la verdad es que nadie las quiere.

—¿Como su Dino?

—Sí. Dino necesitaría un esmaltado, algunas piezas más brillantes para tener mejor aspecto, pero otros robots que están en venta para trabajos difíciles no son superiores a Dino, puedo afirmarlo, y esta nave puede superar a otras naves espaciales.

—¿La ha probado? —preguntó Valery.

—Pues —vaciló— lo cierto es que no ha despegado nunca, pero en teoría tiene que funcionar y bien.

—Si eso funciona será un milagro, profesor Eremis —suspiró Valery, escéptica.

—Zeal, parece que tu hembra no confía en mí.

—No es mi hembra, es una amiga muy amiga, eso sí, pero...

—Bien, bien. Si no confiáis en mí, me voy a mi trabajo, tengo algunas cosas que hacer.

—Espere, profesor Eremis. Yo sí confío en usted porque he visto los resultados. Ya sé que nadie confiaría en esta nave, pero si usted dice que está apta para viajar, puede servir.

—¡Claro que puede servir! El primer viaje que haga con ella me iré hasta Plutón, me daré una vuelta y volveré a la Tierra. Será un éxito, posee sistemas que sólo han salido de mi mente.

—¿Y cuándo podría emprender el vuelo esta nave?

—Me faltan algunos materiales, algunos arreglos, quizá dentro de

un mes.

—Imposible.

—Veinte días...

—Cinco días.

—¡Imposible! —exclamó ahora el profesor Eremis.

—Entonces, lo dejamos.

—Un momento, Yoke, un momento... Podría ser en cinco días si tuviera lo que me falta, pero es que no tengo dinero para comprar. Además, debería ser cargada de suministros alimenticios.

—Eso se puede arreglar —contestó Zeal mirando la extraña nave que una vez en el espacio podía desplazarse bien, pero despegar de la tierra con aquella estructura tan extraña que poseía iba a ser muy difícil, pues además de la gravedad había que contar con el rozamiento de la atmósfera.

—Bien, pero falta algo más, Yoke, he de ser sincero.

—¿Qué es ese algo más?

—El combustible. Yo he podido montar la nave y aplicarle mis inventos personales, la he construido utilizando vehículos, naves de desguace, yo no soy millonario. Aquí hay piezas de montones de vehículos dispares, pero que a mí me han sido útiles; lo que no he podido pagar es el combustible.

—¿Cuánto podría costar el combustible?

—Lo tengo calculado.

—¿Cuánto, profesor Eremis?

La voz del profesor bajó de tono, se hizo pesimista.

—Un millón y medio. Se trata de un núcleo energético que ya está en el mercado, sólo se tendría que colocar bajo la nave como un estuche y se conectaría automáticamente. La verdad es que la nave está construida para que funciones con un estuche de energo-plutonio-80.

—Te lo decía, Zeal, es imposible —suspiró la muchacha, desalentada—. No podemos hacer nada y si alertas a la milicia, ésta comunicará el hecho a los imperios industriales de los que dependen y

lo único que habrás conseguido es quitar la posibilidad al mariscal Jano de convertirse en dictador del planeta Tierra pero todo seguirá como hasta ahora.

—Todavía no está todo perdido, aún existe una posibilidad.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono Valery y el profesor Eremis mientras el robot bionico permanecía quieto.

—Ya os lo diré en otro momento. Valery, te quedarás aquí con el profesor y esconderéis el Llamp-SGL para que no sea descubierto. Nadie debe enterarse de que estarnos aquí.

—¿Os persiguen?

— Sí, profesor, precisamente nos persigue el mariscal Jano y si sus hombres nos descubren convertirán todo esto en cenizas, no lo dude.

—No os preocupéis, aquí nadie os buscará. La señorita puede esconderse dentro de la nave y si lo desea, puede ayudarme.

—¿De veras quieres que me quede aquí, Zeal?

—Sí, Valery, será lo mejor. Yo veré si puedo conseguir el dinero para comprar el energo-plutonio-80.

—Ese núcleo energético no es muy grande —explicó el profesor Eremis—. Dino puede llevarlo entre sus brazos y ensamblarlo dentro del estuche correspondiente.

—Entonces, utilizaré a Dino para recogerlo. No podemos dejar ninguna pista tras de nosotros, estamos en peligro. El mariscal Jano habrá dado ya la voz de alarma y nos estará buscando por todo el planeta.

—Especialmente a mí por traidora —dijo Valery.

Zeal Yoke la tomó por la cintura y la besó en los labios.

—Tú has hecho lo que era justo. No has dejado al mariscal Jano para lucrarte sino para evitar que la humanidad quede bajo la bota de ese dictador.

—Dino, vuelve la cabeza, no tienes por qué mirar —le ordenó el profesor Eremis.

El robot, obediente, respondió: —Comprendido.

Y volvió su ojo electrónico hacia otra parte, clavándolo en un

espejo que colgaba de una pared, parte de un desguace seguramente. En aquel espejo se reflejaron Zeal Yoke y Valery, que se estaban besando apasionadamente.

CAPITULO VIII

Viajaba en el anodino atom-hover-craft del que tantos millones había en el planeta Tierra, pues era el vehículo utilitario para toda la humanidad terrícola; no sería fácil que lo identificara viajando dentro de él.

Se deslizó por la aeropista y se introdujo luego en las autopistas urbanas hasta llegar al complejo de edificaciones pertenecientes al imperio Kaio. Unas grandes letras que refulgían luminosas aun en pleno día dejaban bien claro que todo aquello pertenecía a Kaio, el multimillonario.

Detuvo el atom-hover-craft en el área de parking y subió a una cinta transportadora que le condujo a los ascensores.

En recepción explicó cuál era el motivo de su visita y aguardó. Le dieron luz verde, indicándole que podía utilizar el ascensor ciento catorce que ascendía directo a lo más alto del edificio.

Las cabinas de cristal de los ascensores se hallaban adosadas en la parte exterior del edificio, bien a la vista, y subían y bajaban llevando a personal de la empresa.

Zeal Yoke llegó a lo alto y le recibieron los vigilantes de seguridad.

—Su placa de identificación —le pidieron.

Zeal mostró la placa exigida y la microcámara autónoma la registró, enviando los datos al computador central del complejo Kaio. No tardó en encenderse la luz verde.

A través de aquel ascensor que era una plataforma circular sin barandas ni paredes, Zeal Yoke se trasladó al despacho de Kaio.

Allí se encontró con las hermanas Urania y Talía, la extraña mujer que cubría su rostro con una máscara. Ambas centraron sus respectivas miradas en él.

Urania, que podía ser la mayor de las tres hermanas fue la primera en hablar.

—Bien venido de nuevo a Kaio, Zeal Yoke.

El investigador, que se había dado cuenta de la ausencia de la bella y sensual Clio, se adelantó hasta la mesa despacho.

—He estado investigando al mariscal Jano como me encargaron.

—¿Y?

—No vengo a traer informes todavía.

—Ya me extrañaba a mí, hubiera sido demasiado pronto —observó Talía.

—El mariscal Jano está tramando algo importante.

—¿De qué se trata? —inquirió Urania, vivamente interesada.

—He visitado su complejo de investigaciones arqueológicas submarinas. Todo aquello está muy bien, es muy hermoso, pero el mariscal va detrás de algo muy importante que piensa conseguir con los millones del imperio Kaio.

—Sí, eso es lo que parece, pero ¿qué es lo que ha descubierto, Zeal Yoke? Le pagamos para que nos lo diga.

—Todavía no he pasado factura.

—¿Qué trama su mente, Zeal Yoke? —inquirió Taha, siempre ofreciendo la máscara impenetrable por rostro.

—El mariscal Jano busca algo importante, muy importante, tanto que podría dar un disgusto a los mecenas que le pagan.

—¿Un disgusto, qué podemos temer de él? Está retirado y carece de armamento.

—Pero tiene empleados a hombres que saben utilizar el armamento y que incluso pueden llegar a construirlo, es más, lo están construyendo.

—¿Para qué? —interrogó ahora Urania.

—No tengo suficientes datos aún, pero puede tratarse de algo muy importante.

—Si todavía no puede decirnos nada, ¿a qué ha venido? —le preguntó Talía rodeando la mesa mientras todo el despacho giraba lentamente y podía verse una fabulosa perspectiva de la metrópoli, ya que el edificio Kaio era el más esbelto de todos. Ninguno le superaba en altura.

—Necesito dinero paia seguir adelante.

—No le daremos nada —dijo de repente la voz de Clio.

Había aparecido silenciosamente por una puerta disimulada en un armario. Sensual y maligna como una gata, se fue acercando a Zeal Yoke mirándole con suficiencia y desprecio, queriendo humillarle.

—De acuerdo. Si no me dais nada, dejo el caso, ya buscaré por mi cuenta. Estoy seguro de que otros imperios industriales querrán interesarse por lo que he averiguado.

—Espere, Zeal Yoke —casi exigió Urania.

Clio, que había llegado junto al borde de la mesa, apoyó media cadera en ella y dijo:

—¿Para qué darte nada? Podemos contratar a otros mejores que él.

—Clio, estás resentida conmigo por no haberme prestado a convertirme en tu juguete, pero esto es más serio que un simple juego de amor, de modo que o invierten dinero en la investigación que estoy llevando a cabo o me largo.

Las palabras de Zeal Yoke eran todo un desafío. Talía razonó:

—Si tan importante es lo que ha averiguado sobre los planes secretos del mariscal Jano...

—¿Cuánto dinero necesita? —preguntó Urania, más directa.

—Dos millones.

Las dos mujeres agrandaron sus ojos, incrédulas ante la cifra que acababan de oír.

—¿Dos millones?

—Sí, eso he dicho. Para llevar a cabo la investigación tengo que realizar un viaje espacial y me hace falta comprar suministros y un núcleo energético. Si temen que lo que trato de hacer es quedarme con el dinero, compro lo que necesito y paso la factura a los Kaio, la factura de mis emolumentos es cosa aparte. Ustedes verán si les interesa, claro que quizá a su padre sí podría interesarle.

—Nuestro padre está en cuidados intensivos desde hace tiempo.

—¿Por qué se lo has revelado, Clio? —inquirió Talía, molesta.

Clio encogió sus redondeados hombros.

—De todos modos hubiera acabado averiguándolo —objetó.

Urania suspiró, juntó sus manos con aire pensativo y explicó:

—Nuestro padre, el fundador de este imperio, está muy grave. En realidad ya está muerto, aunque biológicamente siga vivo gracias a los aparatos que hacen funcionar su cuerpo. Cuando terminemos con el problema del mariscal Jano desconectaremos el sistema y le dejaremos morir en paz.

Talía añadió:

—El mariscal Jano sabe que nuestro padre se encuentra grave y se ha aprovechado de esta circunstancia para sàcar dinero al imperio Kaio, ya que tenía permiso de papá para ir retirando dinero. Queremos saber por qué nuestro padre y el mariscal habían acordado asociarse, porque en realidad son socios. ¿Lo sabía, Zeal Yoke?

—No, debe ser un convenio secreto.

—Así es. Nosotras deseamos saber qué es lo que querían conseguir ambos y es posible que el mariscal Jano no nos lo diga. Intuimos que él espera ahora a que nuestro padre muera para librarse de él. Queremos saber qué ocurrirá cuando nuestro padre muera.

—¿Su padre no les llegó a contar nada?

—Nada —declaró Urania— y nos sentimos francamente desconcertadas.

—Pues yo no puedo hacer nada hasta que realice un viaje espacial.

—Por lo menos nos podrás decir adonde piensas viajar, ¿no? —inquirió Clio mirando a Zeal Yoke de arriba abajo.

—Hasta Saturno.

—Es un viaje muy largo. Con dos millones no se paga una nave para llegar hasta Saturno y regresar.

—Eso es cuenta mía.

—¿Tiene ya una nave?

—Insisto en que eso es cosa mía. Posiblemente a estas horas los hombres del mariscal Jano estén ya buscándome para matarme.

—¿Sospecha el mariscal Jano que ha averiguado algo? —preguntó Talía.

—Sí. Cuando llegué a su complejo, él creyó que me controlaba, pero conseguí averiguar algunas cosas por mi cuenta y Jano lo sabe. Ahora, para él soy un hombre peligroso al que deseará exterminar. Me he metido en una investigación en la que arriesgo mi vida.

—¿No nos puedes dar ningún indicio acerca de lo que se trata? —preguntó la bellísima Clio.

—¿Cree que debemos convocar una reunión de presidentes de imperios industriales para ponerle cerco al mariscal Jano?

—No, no creo que sea oportuno. Quizá el mariscal ya lo tenga todo previsto y pueda ponerse de acuerdo con alguna otra empresa para llevar adelante sus maquiavélicos planes.

—Pero ¿cuáles son sus planes? —inquirió Clio, nerviosa.

—Hacerse el amo de todo. ¿Queda suficientemente claro?

—Está bien. El mariscal Jano ya nos ha succionado cientos de millones, ¿qué más da añadir dos a la cuenta?

—¿Puedo contar con ellos? —interrogó Zeal mirando a Urania.

—Sí. Le daremos una tarjeta de crédito. Usted comprará por cuenta de Kaio, aunque se lleve lo comprado adonde le parezca, pero si no nos trae pronto resultados, haremos que todo el poder Kaio caiga sobre usted, Zeal Yoke, no vaya a olvidarlo.

—No lo olvidaré. Denme esa tarjeta de crédito a cuenta de Kaio y yo me encargo del ambicioso mariscal Jano.

Media hora más tarde, Zeal Yoke abandonaba el complejo de edificios Kaio a bordo de su atom-hover-craft. En el bolsillo llevaba ya la tarjeta de crédito.

El profesor Eremis podría poner en marcha su extraña nave sin nombre, aquella nave que inspiraba tan poca confianza nada más echarle una ojeada. Era muy posible que cuando empezara a despegar temblequeara hasta la última soldadura y amenazara con desmontarse totalmente antes de haber llegado a la ionosfera y Valery, el profesor Eremis, el robot Dino y el mismo Zeal, se fueran al diablo desintegrados. Y si ellos morían, quedaría el camino libre para el mariscal Jano.

Nadie se opondría a sus planes de conquista. Los gigantes extraterrestres, llegados al planeta Tierra hacía ya un puñado de milenios, le habían dado la clave en su tumba construida para ellos

por sus hijos mixtos, es decir, los atlantes, una civilización avanzada que había seguido las leyes y planes marcados por sus padres, los semidioses llegados del cielo.

En aquellos momentos, el mariscal Jano estaba dando unas órdenes concretas y tajantes:

—Buscad a Valery y al investigador Zeal Yoke y traedlos aquí.

—¿Dónde buscamos, mariscal Jano? —preguntó uno de los doce oficiales que se hallaban en pie ante su mesa.

—En todo el planeta si hace falta y no reparéis en medios.

—¿Y si se defiende?

—Matadlos, matadlos a los dos… O mejor, no, matadlo a él, exterminadlo, que no queden ni sus cenizas, pero a ella, a la traidora Valery, me la traéis aquí. Así sabrá hasta qué punto nos ha traicionado y según sea, recibirá un castigo adecuado.

Los hombres del mariscal despegaron en todas direcciones.

Mientras, él se encaminó hacia el ascensor. Descendió a las profundidades marinas y fue en busca de un mini-submarino en el que navegó apenas dos millas hasta encontrar una hoya submarina, un gran agujero difícil de descubrir desde la superficie.

Allí, siempre bajo el agua, estaban terminando la gran nave espacial que había mandado construir sin que nadie se enterase.

La milicia del aire no debía detectarle hasta que se hubiera alejado; no obstante, aquella nave estaba dotada de armamento para combatir contra la milicia espacial si se veía acosado.

Poseía ya hombres para componer la tripulación, hombres a los que conocía bien y que se habían pasado la vida en la milicia espacial, hombres apartados del servicio activo porque le habían sido fieles.

Los jubilados se quedarían en la Tierra en las instalaciones que le habían ayudado a desentrañar los secretos de los gigantes, padres y dioses a la vez de los atlantes.

Con el microsubmarino paseó en círculo sobre la gran nave.

Dentro de élla, brigadas de especialistas se afanaban en terminar los últimos detalles.

Pronto quedaría dispuesta y Jano se sentía nervioso. No estaría

tranquilo hasta que llegara a su objetivo. No podía dejar que nadie se le adelantase. Estaba seguro de que ni Zeal Yoke, ni Valery podrían hacer nada, hacían falta muchos millones para conseguir una buena nave espacial con la que poder llegar a Saturno, pero Zeal Yoke podía revelar lo que sabía a las hijas de Kaio y las multimillonarias sí poseían poder. Además ellas, con su imperio, sufragaban en parte la milicia espacial que podría cortarle el paso. La acción relámpago y la sorpresa serían las principales armas que le darían el éxito.

Decidió descender hasta la puerta de entrada de la nave, sintió la imperiosa necesidad de tocar aquella fabulosa nave que surgiría de debajo de las aguas para partir en busca del poder que durante milenios esperaba en Titán, el más grande de los satélites del planeta Saturno.

CAPITULO IX

El profesor Eremis no podía disimular su nerviosismo y su satisfacción. Había construido su extraña nave albergando siempre el temor de que jamás conseguiría colocarle el cartucho de energo-plutonio-80, el núcleo energético que debería propulsarla. Valía mucho dinero, demasiado para lo que él podía llegar a acumular y ahora, su amigo Zeal Yoke había logrado el cartucho de energo-plutonio-80.

Bastaba sólo ir a recogerlo al almacén de la factoría que los fabricaba y parecía imposible que ese momento llegara.

El propio Zeal Yoke se había encargado de gestionar la compra y también de los suministros alimenticios y otros elementos que le faltaban y que ya estaban en la nave.

Dino había trabajado muy duro, incluso había tenido que reengrasar sus uniones. Funcionaba perfectamente pese a su aspecto de robot deteriorado. El no se quejaba, recibía órdenes y las cumplía. Ahora, viajaba sentado en la plataforma del viejo carguero que conducía el desmelenado profesor Eremis.

A poca distancia, detrás del profesor, circulaba el Llamp-SGL pilotado por Zeal Yoke junto al cual viajaba Valery, dispuesta a seguirle hasta el mismísimo infierno.

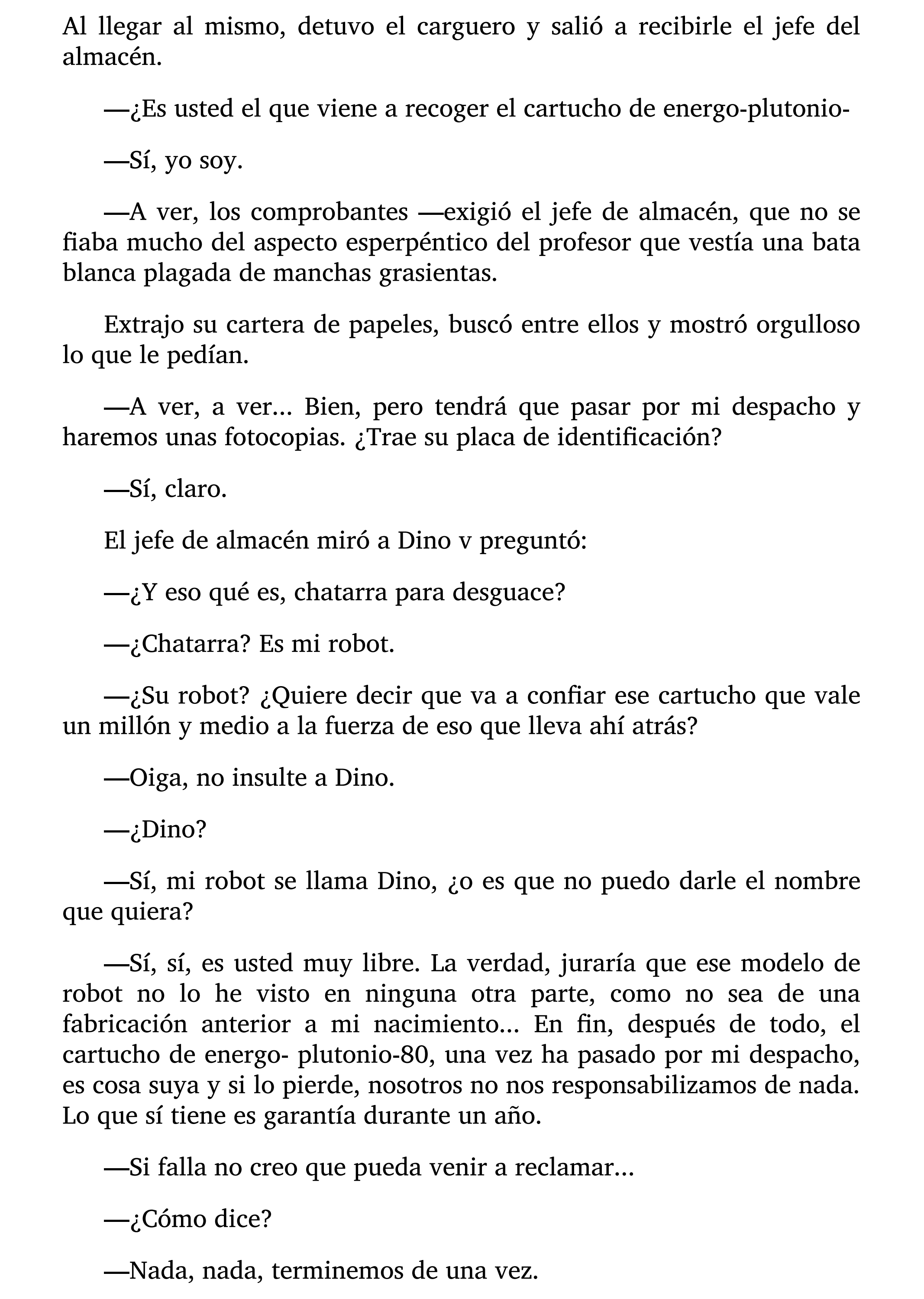
El profesor Eremis tarareaba una canción mientras vigilaba la ruta a través de sus arcaicas gafas redondas. Cuando dejaba de tararear, se mordía los labios. Al fin podría comprobar si se había equivocado al construir la extraña nave o no. Claro que era mejor no hablar del asunto delante de Zeal o Valery para que no se desanimaran.

Enfilo hacia la gran puerta de la factoría.

Unos vigilantes le detuvieron y el profesor Eremis comenzó a sacar papeles.

Zeal Yoke detuvo su Llamp-SGL a distancia y conectó la telecámara para vigilar al profesor, viéndole a través de la pantalla de TTV incorporada en el salpicadero de su nave.

El profesor Eremis rebasó el primer control y se introdujo en la factoría dirigiéndose a los muelles de carga que poseían los almacenes.



Al llegar al mismo, detuvo el carguero y salió a recibirle el jefe del almacén.

—¿Es usted el que viene a recoger el cartucho de energo-plutonio-

—Sí, yo soy.

—A ver, los comprobantes —exigió el jefe de almacén, que no se fiaba mucho del aspecto esperpéntico del profesor que vestía una bata blanca plagada de manchas grasientas.

Extrajo su cartera de papeles, buscó entre ellos y mostró orgulloso lo que le pedían.

—A ver, a ver... Bien, pero tendrá que pasar por mi despacho y haremos unas fotocopias. ¿Trae su placa de identificación?

—Sí, claro.

El jefe de almacén miró a Dino v preguntó:

—¿Y eso qué es, chatarra para desguace?

—¿Chatarra? Es mi robot.

—¿Su robot? ¿Quiere decir que va a confiar ese cartucho que vale un millón y medio a la fuerza de eso que lleva ahí atrás?

—Oiga, no insulte a Dino.

—¿Dino?

—Sí, mi robot se llama Dino, ¿o es que no puedo darle el nombre que quiera?

—Sí, sí, es usted muy libre. La verdad, juraría que ese modelo de robot no lo he visto en ninguna otra parte, como no sea de una fabricación anterior a mi nacimiento... En fin, después de todo, el cartucho de energo- plutonio-80, una vez ha pasado por mi despacho, es cosa suya y si lo pierde, nosotros no nos responsabilizamos de nada. Lo que sí tiene es garantía durante un año.

—Si falla no creo que pueda venir a reclamar...

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, terminemos de una vez.

El profesor Eremis pasó por el despacho. Cumplió las formalidades burocráticas exigidas en una compra de tan alto precio y cuando salió

del despacho apareció un vehículo de servicio interno de almacén que llevaba consigo un cartucho cilíndrico de color azul intenso con cinco grandes bornes.

Al profesor Eremis se le agrandaron los ojos tras las pequeñas gafas redondas. Era la primera vez en su vida que veía un auténtico cartucho de energo-plutonio-80, ya que todo su trabajo había sido realizado sobre planos y folletos explicativos que le habían enviado por correo cuando pidió información al respecto.

El profesor Eremis no lo había visto antes, pero conocía su potencia, sus posibilidades, sus dimensiones al milímetro. Había soñado con aquel cartucho como un deseo utópico, inalcanzable, y ahora estaba frente a él, al alcance de sus manos.

—¿Qué, se lo cargamos en ese vehículo o envía algo más seguro para recogerlo con cierta garantía?

—Mi vehículo es seguro y yo me hago responsable del cartucho hasta que esté cargado en él —replicó arrogante.

—Tú, síguenos —pidió el jefe del almacén al conductor del vehículo de servicio interno para carga y descarga.

Se acercaron al muelle donde estaba el viejo carguero hover-craft del profesor Eremis. Dino permanecía sentado en la plataforma.

— ¡Dino! —interpeló el profesor.

El robot bionico enderezó su cuerpo y movió su ojo dentro de la cabeza que semejaba una gran burbuja de cristal.

—Dino a la escucha, profesor Eremis.

—Ayuda a cargar el cartucho y cuídalo bien, no debe caerse.

—Orden recibida, profesor Eremis —respondió con su voz de bocina.

—Hay cosas que no entenderé nunca —rezongó el jefe de almacén.

—¿Qué es lo que no entenderá nunca? —inquirió el profesor, ya molesto por los despectivos comentarios de aquel hombre.

—Pues que tenga un millón y medio para comprar el cartucho de energo-plutonio-80, lo mejor que se fabrica en todo el planeta como núcleo energético y, por otra parte, no se cambie el modelo de robot. Un último modelo no le costaría más de sesenta mil.

—A Dino no lo cambio ni por diez últimos modelos.

Acercaron el cartucho al atom-hover-craft del profesor Eremis.

Dino, que se había puesto trabajosamente en pie, lo recogió con sus poderosos brazos. El cartucho, que debía poseer una densidad superior a veinte, hizo vacilar al gran robot bionico debido a su enorme peso.

Dino semejó perder el equilibrio y el jefe de almacén cerró los ojos para no ver lo que podía suceder. Después de todo, si ocurría un desastre, era inútil correr; la radiación le alcanzaría de lleno, aunque hubiera corrido a una milla por segundo.

Dino recobró su eje de gravedad. Depositó el cartucho sobre el carguero y luego se abrazó al mismo, sujetándolo. De sus pies de robot brotaron unos anclajes que se sujetaron automáticamente a la propia plataforma del carguero, de tal forma que él mismo ya no podía desplazarse.

—Listos. Ya podemos marcharnos, Dino.

—Positivo, profesor Eremis —respondió la bocina del robot.

—Qué más quisiera usted que tener un robot como mi Dino. Hum...

El profesor Eremis alzó el mentón, entre despreciativo y orgulloso, y se dirigió a la cabina de conducción del carguero, un vehículo que no podía desarrollar una gran velocidad, pero sí era capaz de transportar un peso considerable.

En secreto, el profesor deseaba poseer un vehículo más nuevo y potente, pero lo que no cambiaría jamás sería a Dino, al que apreciaba de una forma muy particular, ya que lo había construido él por sí mismo y sin seguir ningún folleto de «hágaselo usted mismo», con los cuales avispados fabricantes endosaban verdaderos abortos de robots que luego no servían para nada, a lo sumo para cortar el césped.

Con el cartucho energético, abandonó la factoría. Pasó por delante del Llamp-SGL y les saludó con la mano. Prosiguió sin detenerse; notaba el peso de sobrecarga y el vehículo, en vez de elevarse un metro del suelo para deslizarse sobre colchón de aire, apenas se elevaba un palmo.

No quería detenerse salvo que fuera absolutamente necesario, pues para poner en marcha el carguero debía proporcionarle un chorro suplementario de energía y corría el riesgo de hacer reventar el motor

que se estaba sobrecalentando.

Dino continuaba abrazado al cartucho como si todo él fuera una mordaza gigante.

—Todo va bien —dijo Zeal. Hizo girar ciento ochenta grados al Llamp-SGL v se dispusieron a ir tras el profesor.

—¿Crees que pese al energo-plutonio-80 esa nave que ha construido tu amigo el profesor Eremis funcionará?

—Espero que sí.

—¿Sólo lo esperas? —inquirió la joven, tragando saliva.

—La verdad es que tengo una gran confianza en el profesor Eremis, es un sabio muy singular. Cualquiera podría decir que está loco, pero tiene ideas geniales.

—Me temo que confías en él.

—El Llamp-SGL funciona bien, es más, está mejorado gracias a que cuando se averió lo dejé en sus manos.

—Esperemos que todo vaya bien —suspiró Valery—. Después de todo, si la nave falla no tendremos tiempo de enterarnos de nada.

—Si quieres quedarte escondida en alguna parte, a la espera de que regresemos, puedes hacerlo.

—¿Quedarme aquí después de todo lo que he hecho? Ni hablar, me voy contigo a Titán aunque sólo consiga llegar al infierno.

Zeal, satisfecho por la decisión de la joven, alargó su diestra y acarició la pierna femenina sin que ella se molestase por ello, todo lo contrario.

—Eh, cuidado con la conducción.

—Estamos circulando bien, a velocidad moderada v con piloto automático, no hay temor.

—No seas insensato.

—¿Por qué?

—No es momento de jugar a hacerse el amor.

—¿Por qué no? Cualquier momento es bueno.

—¿A trescientos por hora?

—No vamos a trescientos, porque en ese caso rebasaría al profesor Eremis sin quererlo.

Zeal apartó las manos del volante v la acarició. Ella semicerró los ojos y sus labios fueron presionados polla boca masculina que la besaba con intensidad.

Valery se dejaba arrastrar por el arrebato amoroso de Zeal cuando abrió los ojos y vio la pantalla del retrovisor.

—¡Zeal, Zeal!

—¿Qué pasa? —inquirió él.

—¡Nos siguen, nos siguen!

Valery alargó su mano y pulsó el botón del retrovisor. La imagen del Vehículo que les seguía se amplió en pantalla.

—¿Estás segura?

—Sí, Zeal, y el hombre que conduce es el mayor Lugan.

—Es cierto —admitió Zeal, quitando el automático del vehículo para poderlo manejar a su voluntad.

—Van cuatro hombres del mariscal Jano. Nos han localizado y nos siguen.

—Tenemos que despistarlos, no podemos dejar que localicen al profesor Eremis.

—¿Crees, que no lo habrán descubierto a él también?

—Posiblemente no, no tienen por qué relacionarlo con nosotros. Antes no nos seguían, lo que deben es haber localizado mi Llamp-SGL.

— ¿Qué haremos?

—Alejarnos totalmente del profesor Eremis. Entraremos en la aeropista del paralelo veintiocho y nos iremos por ella en vez de detenernos en la metrópoli.

El Llamp-SGL se elevó más en la aeropista y aumentó la velocidad sorteando a otros vehículos que circulaban en la misma dirección.

Valery controlaba el retrovisor.

Pese a la casi brutal aceleración que acababa de imprimir Zeal Yoke a su vehículo, Valery comprobó que los secuaces del mayor Lugan les seguían, recuperando poco a poco el terreno que en principio había ganado el Llamp.

—Llevan un vehículo muy veloz.

—Sí, ya lo veo —gruñó Zeal Yoke—. Les llevaremos lejos.

—¿Adonde?

—Tengo un refugio en las montañas.

—¿En las montañas?

—Sí, es un lugar muy solitario. Veremos qué podemos hacer allá con esos coyotes que nos ha enviado el mariscal Jano.

—Si vamos hacia las montañas y necesitamos ayuda, nadie podrá prestárnosla.

—Y en la ciudad, ¿quién nos va a ayudar? Convéncete de que no podemos pedir ayuda a nadie, Valery, debemos deshacernos de esos hombres. Trataremos de despistarlos, de hacer que nos pierdan de vista. Si seguimos por aeropistas de primer orden, ellos avisarán a su central de conexión y nos encontraremos con más hombres del mariscal Jano cerrándonos el paso. Será una verdadera caza, no tendremos ninguna posibilidad de escapar. El mariscal Jano dispone de muchos hombres y una buena flota de vehículos.

—Dimelo a mí, como si no lo supiera bien.

—Entonces, hay que emplear la astucia v sobre todo, evitar que se enteren de que el profesor Eremis tiene que ver con nosotros.

—Y cuando el profesor llegue al laboratorio y vea que nosotros no llegamos, ¿qué sucederá?

—No te preocupes, el profesor seguirá preparando su nave, es la obsesión de su vida. Su máxima aspiración es que esa nave con forma de cangrejo despegue de la Tierra y consiga viajar por el espacio.

Se salió a gran velocidad, rebasando y rebasando vehículos gracias al radar automático que evitaba colisiones. El Llamp-SGL estaba desarrollando el máximo de su velocidad; quienes le perseguían trataban de alcanzarle sin conseguirlo, aunque tampoco perdían terreno.

—Terminarán alcanzándonos —se lamentó Valery, muy preocupada, mirando la pantalla del retrovisor.

—Los mantenemos a una distancia prudencial, lo que sucede es que el retrovisor lo tienes en ampliación veinte —le advirtió Zeal Yoke para que rebajara su tensión nerviosa.

—¡Zeal, nos disparan!

Zeal miró al retrovisor y observó los fogonazos que brotaban del vehículo que les seguía sin conseguir alcanzarles.

Con la velocidad a tope, hizo que el Llamp-SGL cambiara la altitud rápidamente e incluso efectuó repetidos vaivenes. Pese a ello, notaron cómo los proyectiles lamían el Llamp-SGL y dos de ellos rascaron el fuselaje, produciendo un escalofriante chirrido.

—Por lo que hacen, el mariscal Jano debe haberles dado orden de eliminarnos —opinó Valery.

—No lo conseguirán —la animó el hombre.

Salió de las aeropistas arriesgándose a ser buscado por los controladores de tráfico, pues en determinadas áreas no se podía circular fuera de las autopistas o aeropistas.

Ya estaban a la vista las altas cumbres de las montañas con sus eternos penachos blancos.

— ¡Vuelven a dispararnos, Zeal!

Ya libre de la canalización obligada de las aeropistas, Zeal efectuó bruscos giros esquivando los proyectiles mientras dejaba escapar tras de sí una humareda que siempre les ocultaría durante unos segundos.

—Sólo tenemos una solución para escapar con vida. Valery.

—¿Cuál? —inquirió, asustada.

—Confiar en el genio del profesor Eremis.

—¿Y qué tiene que ver el profesor Eremis ahora en esto?

—El profesor me dijo que había mejorado mucho el poder de giro de la Llamp-SGL a altas velocidades.

—No entiendo.

—Lo entenderás cuando llegue el momento, si es que funcionan las

modificaciones que el profesor ha introducido en la nave.

—¿Y si no funcionan?

—Mira, es mejor no pensar en ello.

—¿Tú confías tanto en ese profesor que arriesgas la vida con sus ingenios?

—No me queda otro remedio, Valery; si no, dime, ¿cómo podemos sacarnos de encima a esos perros del mariscal Jano?

El mayor Lugan y sus hombres seguían disparando para cortar la escapada de Zeal y Valery, pero los proyectiles no conseguían acertar de lleno en el Llamp-SGL porque Zeal Yoke lo pilotaba con gran pericia.

Llegaron a las altas montañas que en sus faldas poseían grandes bosques de abetos mientras las altas cumbres estaban a rebosar de nieve.

El Llamp-SGL circuló por encima del río que serpenteaba entre las grandes montañas, algunas de ellas rocosas.

Valery tuvo la impresión de que Zeal Yoke conocía muy bien aquellos agrestes parajes y no se equivocó. Lanzado al máximo de velocidad que podía dar de sí el lujoso vehículo, Zeal se lo iba a jugar todo a una carta, puesto que carecía de armas.

Casi lamiendo las ramas de los abetos de la ladera de una de aquellas imponentes montañas, Zeal Yoke movió el volante para girar noventa grados. Al mismo tiempo, con la zurda oprimió una palanca que emergía del salpicadero y que, fijándose bien, se podía observar que no pertenecía originalmente a aquel vehículo, que se le había añadido como un dispositivo accesorio.

La Llamp-SGL, en un espacio mínimo, consiguió girar los noventa grados cuando ya Valery gritaba:

—¡Zeal, nos estrellamos!

El muro de rocas cortadas a pico que se abría en el valle lateral por el que acababan de doblar para desaparecer, quedó frente a ellos. Al girar los noventa grados, pasaron lamiendo las rocas, haciendo que el ronquido de los motores, puestos a tope, hallaran un eco brutal que hizo que muchas piedras cayeran desde lo alto.

—¡Lo conseguimos, ha funcionado!

Tras ellos, confiando en poder lograr lo mismo, los perseguidores que seguían disparando también doblaron en ángulo de noventa grados, pero su vehículo, lanzado a aquella velocidad alucinante, necesitaba más espacio para el giro.

Resultó trágico para el mayor Lugan y sus acompañantes. La nave se estrelló contra la pared rocosa de la montaña al no conseguir el giro limpio realizado por la Llamp-SGL.

— ¡Zeal, ha explotado!

Miraron por la pantalla del retrovisor y todavía pudieron ver la gran luminosidad que produjo el vehículo al estrellarse, desintegrándose, convertido en una bola de fuego. Luego, ésta se fue ladera abajo en medio de un alud de rocas que se desprendió de la montaña que había recibido el impacto.

—Ya nos hemos librado, ellos se lo han buscado.

—Zeal, Zeal, no puedo negarte que he pasado verdadero miedo.

—Es humano tener miedo, Valery, ahora tranquilízate.

—Sí, Zeal, sí.

—Ya ves que el profesor no falla, por eso confío en él.

—¿Vamos a su laboratorio?

—No, aún no, podemos descansar un poco. Es posible que los compañeros de los que acaban de caer nos busquen. Nos esconderemos, unas horas serán suficientes.

—¿Y dónde nos podemos ocultar?

—Tengo un refugio cerca de aquí, verás qué acogedor resulta.

Minutos más tarde, Valery descubrió el bucólico refugio de las montañas, repleto de nieve. Tras detener el Llamp-SGL y camuflarlo bajo el ramaje espeso de unos abetos, entraron en el refugio donde les esperaba una gran cantidad de leña para quemar en la chimenea, leña que pronto crepitó y llenó de aroma la cabaña de piedra v troncos, provista de todo para refugiarse allí durante un tiempo.

—Está bien esto, Zeal. ¿Vienes mucho aquí?

—Algunas veces.

—¿Siempre solo?

—A veces he venido acompañado.

—¿Mujeres?

—Sí.

—¿A las que enamoras como a mí?

—Es distinto, muy distinto.

—¿Por qué distinto?

—A ti te amo, Valery.

—¿No te estarás burlando de mí? —preguntó ella con miedo, con un ligero temblor en sus labios que exigían caricias. Así lo entendió Zeal Yoke porque los besó.

Mientras el fuego esparcía su grato calor, los cuerpos de la pareja se abrazaron sobre la piel que cubría el suelo. Allí nadie los iba a encontrar, nadie podría molestarlos.

Zeal Yoke besó a Valery que se estremeció, haciéndola vibrar:

—Zeal…

Los ojos del hombre se achicaron mientras las llamas ondulaban candentes y punzantes, los dos gimieron con fuerza, fundidos el uno en el otro por la pasión del amor.

CAPITULO X

El investigador privado quedó francamente sorprendido al ver en el anárquico laboratorio de ingeniería y electrónica del profesor Eremis a las tres hermanas Kaio.

Las mujeres permanecían al pie de la extraña nave sin nombre construida por aquella especie de sabio esperpéntico en el que Zeal Yoke confiaba.

—¿Qué hacen aquí?

Urania adelantó un par de pasos, dispuesta a responder.

—Dos millones es mucha inversión, tenemos derecho a saber en qué se quema el dinero Kaio.

—Ya lo han visto, ¿no?

—Sí, sabemos que está metido en esa espeluznante nave. ¿Cómo se le ha ocurrido confiar en ese profesor?

—Oigan, yo no voy a dar cuentas céntimo a céntimo ni minuto a minuto de lo que hago; les pedí su confianza y punto.

—De modo que ésa es tu parejita, ¿eh? —silabeó.

—No han respondido a Valery —puntualizó Zeal.

—Nos hemos enterado de quién se llevaba el cartucho que hemos pagado y el resto ha sido fácil, muy fácil —le dijo Urania.

— El mariscal Jano también os puede encontrar aquí, —advirtió Talía tras su máscara.

—No nos descubrirá porque pronto despegaremos.

El profesor Eremis salió por el escotillón superior y se deslizó en forma infantil por el tobogán como él solía hacer.

—Listos, está a punto de despegue. En realidad ya estaba dispuesta, sólo faltaban pequeños detalles y la energía que ahora ya tenemos. Eh, Zeal, estas tres mujeres te andaban buscando.

—Ya lo sé, profesor.

—¿De modo que van a despegar rumbo a Saturno? —inquirió

Urania.

—Sí, rumbo a Titán, el satélite mayor de Saturno, todo está previsto —aclaró el profesor Eremis

—Nosotras también viajaremos —advirtió de pronto Talía

Se produjo una extraña tensión; Zeal parpadeó y Valery le miró, interrogante.

—¿Cómo dicen?

—Que viajaremos también en esa nave, sabemos que cabemos en ella. Hemos estado interrogando antes al profesor Eremis —concretó Talía, tajante.

—Verás, Zeal, ellas me han hecho preguntas y...

—Tranquilo, profesor, que hagan lo que quieran, para eso pagan; pero ¿ya les ha advertido del riesgo que corren si suben ahí dentro? —Y señaló la extraña nave.

—Si tú te metes en ella y también va tu amiguita —siseó Clio— es que la nave tiene seguridad.

—Es un viaje muy largo y arriesgado; además, el mariscal Jano anda persiguiendo y dispara a matar. Tratará de llegar a Titán antes que nosotros, es su única oportunidad de vencer. Esto puede ser una carrera por el espacio hacia la muerte.

—¿Qué es lo que pensáis encontrar en ese satélite de Saturno llamado Titán? —preguntó Urania, intrigada.

—No lo dirán, hermanita, no lo dirán —objetó Clio.

—Es cierto, hasta que hayamos confirmado nuestras sospechas no diremos nada —advirtió Zeal.

Talía, mirando a Valery, preguntó directamente:

—¿Y tú tampoco vas a decir nada?

—Yo sólo tengo que decir que adonde quiera ir Zeal, yo estaré a su lado.

—¿También te ha llevado al refugio de las nieves? —preguntó Clio, mordiente.

Valery miró entonces a Zeal Yoke, entre molesta e interrogante.

—Creo que un viaje con tantas mujeres no va a salir bien —opinó el profesor moviendo la cabeza, dubitativo.

—Yo me quedaré aquí —dijo de pronto Valery.

—Tú vienes conmigo, son ellas las que deben quedarse.

—Si nosotras no viajamos, aquí no viaja nadie —advirtió Urania resuelta.

Talía concretó:

—Bastaría una llamada nuestra a las milicias espaciales para que interceptaran vuestro viaje.

—No lo harán —desafió Zeal—, no lo harán porque significaría destruir toda la investigación y darle paso franco al mariscal Jano.

—A él también podernos interceptarlo —tercio Clio, sensual hasta en la forma de modular las palabras.

—El mariscal Jano —les explicó Valery— ya tiene construida una nave espacial muy poderosa y bien armada y dispone de hombres que han servido en la milicia espacial y conocen las claves de lodos los códigos. Si quiere, puede escapar a un ataque e incluso derribar a muchas naves que intenten cortarle el paso, el mariscal es un hombre con mentalidad militar y sumamente peligroso.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó el profesor Eremis mirando a unos y a otros, interrogantes, a través de sus gafas de cristalitos redondos.

Zeal Yoke, que no deseaba que las hermanas Kaio viajaran en la nave junto a ellos, observó:

—Si viajan, él imperio Kaio quedará desamparado.

—No lo creas —le rebatió Clio—, Todo funcionará automáticamente gracias a la gran computadora electrónica que es insobornable. Podemos pasar unos meses fuera, hasta unos años, y todo marchará perfectamente en el imperio Kaio.

Valery ironizó:

—Y seguirá enriqueciéndose mientras los empleados cobran el salario justo para mantenerse, siempre con el temor de perder su empleo, ¿verdad?

—Nosotras no hemos ideado este sistema de las grandes empresas

—le replicó Clio, encogiéndose de hombros.

—Es cierto, nosotras lo heredamos —puntualizó Urania.

—Es un sistema malo e injusto, un sistema de esclavitud encubierta —reprochó Zeal—. Lo malo es que el mariscal Jano quiere derribar este sistema para conseguir un gobierno autocràtico en el que él será casi un dios.

—Por lo que veo, vosotros tenéis otros proyectos -—dijo Clio—. ¿Qué sistema os gustaría conseguir?

—Un sistema democrático en el que participara toda la Humanidad —replicó Zeal—, aunque sé que eso es muy difícil en estos momentos.

—¿Y en Titán pensáis conseguir todo eso? —preguntó Talía, escéptica y mordaz.

Zeal Yoke prefirió no responderles directamente y una vez mas, intentó hacerlas desistir de viajar.

—Está Kaio, su padre. ¿Qué ocurrirá con él?

—El sistema de supervivencia también es automático, todo está previsto. Vivirá aunque sea de forma artificial, si es que se puede llamar vivir a su estado, hasta que regresemos.

—Podemos no volver jamás —advirtió Zeal.

Clio, siempre sonriente, replicó:

—Será divertido realizar un viaje con tantos riesgos.

—Bueno, ¿qué es lo que hacemos? —apremió el profesor Eremis.

—Está bien —bufó Zeal—, todos adentro, pero con una condición.

Las tres hermanas preguntaron al unísono:

—¿Cuál?

—El profesor Eremis será el jefe técnico de la expedición y yo, el comandante. Dentro de la nave no valdrán para nada los millones.

—¿Tendrá ella alguna prerrogativa especial? —inquirió Clio señalando a Valery con su afilado índice.

—Las mismas que vosotras, es decir, viajar sin crear problemas.

—La nave, aunque no lo parezca, es altamente automática y además está Dino para los trabajos rudos —advirtió el profesor.

—De acuerdo —aceptó Urania.

—Sí, de acuerdo —dijo Clio por su parte—. Hasta ahora, la vida que llevamos es demasiado aburrida. Este viaje puede resultar divertido; nunca antes había viajado tan lejos v en una nave experimental. Y por lo que se deduce, el que llegue antes a Titán conseguirá algo que dominará en la Humanidad. ¿No es eso, Zeal?

—Así parece, aunque no hay una seguridad total. Quizá sólo se trate de una quimera en la que todos perdamos el tiempo y hasta es posible que la vida.

—Partiremos ahora mismo; no podemos perder tiempo si queremos llegar antes que el mariscal Jano —advirtió el profesor Eremis.

—No podrán ir a buscar nada —advirtió Zeal Yoke.

—Es que no nos hará falta nada si la nave está bien aprovisionada —replicó Urania.

—Profesor Eremis, ¿qué dice usted a eso?

—Pues que tenemos hasta leche de burra sintética para que se bañen las chicas…

Y se echó a reír en «ji» abriendo mucho sus ojos, pícaramente, tras las gafas.

—¿No tiene más objeciones para poner, Yoke? —interrogó Urania.

—Está bien, correremos el riesgo todos juntos.

—Yo tendría que ir a buscar algunas cosas que me son indispensables —propuso Clio.

—No podemos esperar —advirtió Zeal Yoke.

—¿Ni dos horas? —preguntó Clio, desafiante.

—No.

—Pues tendréis que esperar. Yo no puedo marcharme sin una maleta con mis cosas más indispensables.

Urania, observando que Zeal no parecía dispuesto a ceder,

intervino.

—Creo que dos horas no darán mucha ventaja al mariscal Jano y nosotras también podríamos traer una maleta; incluso, Valery podría ir a buscar algo suyo, ¿no?

—No necesito ir a buscar nada —replicó Valery, sombría.

—Está bien —admitió Zeal Yoke, suspirando—. Después de todo, ya que han pagado el energo-piutonio-80, hay que hacerles algunas concesiones.

—Bueno, dos horas nos servirán a nosotros para repasar todos los circuitos y contactos —aceptó por su parte el profesor Eremis.

—Entonces, nos vamos y en dos horas habremos regresado —dijo Urania.

—Estaremos esperando —les advirtió Zeal.

Las tres mujeres se alejaron en busca de su vehículo v desaparecieron.

—¿Confías en ellas, Zeal? —preguntó Valery que se mostraba seria, marcando distancias.

—Para seguir adelante tengo que confiar en muchas cosas. Posiblemente, sólo con que una falle, todo se venga abajo.

—Yo no me fiaría de esa Clio, porque ¿verdad que se llama Clio esa que que ha preguntado por el refugio de las nieves?

—Sí, se llama Clio —asintió Zeal, preveyendo que habría tormenta de celos.

—Y la llevaste como a mí, ¿no es cierto?

—Sí, pero en otras circunstancias.

—Da lo mismo. Te crees el superhombre, el aventurero que no se somete a nada ni a nadie y que puede permitirse el lujo de jugar con todas las mujeres que encuentra a su paso. Unas palabritas, unos besos, unas caricias y terminas haciendo el amor con nosotras que te creemos como estúpidas.

Zeal la cogió por los brazos sujetándola para que no se marchara como había hecho el profesor Eremis, quien había regresado al interior de la nave sin nombre. Para el profesor, aquél era el momento cumbre de su vida.

—Mírame a los ojos, mírame.

—¿Para qué?

— Para pedirte que me creas.

—¿Qué vas a conseguir engañándome otra vez?

—No te he engañado nunca. He hecho el amor contigo porque te amo, te amo, ¿te has enterado? Te amo y no te voy a negar que me he acostado con otras mujeres.

—Sí, claro, con esa Clio Kaio, por ejemplo.

—Te equivocas, con ella precisamente no. Estuve en el refugio con ella y la verdad, estuvimos a punto, pero no llegamos a hacer el amor.

—¿Por qué, le pareciste poco? —inquirió despectiva, dispuesta a no creerse nada.

—Simplemente porque yo no quise, ¿lo entiendes? No quise y ella prometió vengarse, de modo que cualquier burrada se puede esperar de esa mujer. Te quiero a ti.

La abrazó violentamente buscando sus labios que besó con apasionamiento. Valery trató de librarse de él, le golpeó el pecho como pudo con sus puños, pero ante el prolongado e intenso beso fue cediendo y terminó acariciándole la cabeza.

—Zeal, si vas a engañarme, mátame, mátame.

—¿Por qué?

—¿De qué habría servido mi traición al mariscal Jano si tú me engañas?

—Si no te fías de mí después de haberte pedido que me sigas para conseguir lo que vamos a buscar, mátame tú a mí.

—No, no podría. —Apoyó su rostro contra el tórax del hombre y confesó con un murmullo—: Yo también te amo, pero esa Clio me revienta.

—Tendrás que moderar tus celos porque vamos a viajar juntos.

—Zeal, ¿puedes venir a ayudarme? —preguntó el profesor Eremis desde lo alto del escotillón.

—Ahora mismo vamos, profesor.

—Subamos —aceptó Valery.

Por la escalera metálica ascendieron al escotillón. El profesor les esperaba y Zeal preguntó:

—¿Cómo podremos despegar si la nave sigue dentro del hangar?

—Todo saldrá bien, muchacho, todo; bueno, por lo menos esperemos que así sea. Ahora tengo unos circuitos que revisar y tienes que ayudarme a comprobarlos.

Valery, que también se introdujo en la nave, preguntó:

—¿Tiene telecámaras de control?

—Sí, en el salpicadero de la derecha —respondió el profesor Eremis, y añadió—: Pueden ver también en infrarrojos u ultravioleta para traspasar cuerpos opacos.

Valery puso en marcha las telecámaras y fue observando en las pantallas cuanto veía, pero sólo podía ver el interior del hangar.

En realidad, estaba probando el funcionamiento de las pantallas mientras los minutos pasaban y se acercaba la hora del regreso de las hermanas Kaio.

A Valery se le ocurrió probar con los infrarrojos de una gran sensibilidad. Todo parecía estar bien en torno a la nave hasta que vio unos cuerpos que se aproximaban al hangar por su parte exterior. Probó más cámaras que permanecían con sus objetivos abiertos y descubrió más cuerpos rodeando el hangar.

—¡Zeal, Zeal!

—¿Qué sucede?

—¡Ven pronto, mira esto!

Lo mismo Zeal que el profesor Eremis se acercaron y miraron las pantallas. El profesor sentenció:

—Son vehículos que están alrededor del hangar.

—¿Quiénes pueden ser? —inquirió Zeal Yoke.

Valery respondió:

—Los hombres del mariscal Jano; Clio Kaio nos puede haber delatado impulsada por su afán de venganza, ¿no es cierto?

—Es una posibilidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó el profesor Eremis, nervioso—. Llevarán armas...

—Sólo tenemos una salida, profesor, cierre el escotillón.

—¿Despegar?

—Sí.

—¿Y las hermanas Kaio?

— ¡Al diablo con ellas y sus millones! —gruñó Zeal Yoke.

Cerraron el escotillón cuando ya el profesor Eremis había puesto en marcha un dispositivo por mando a distancia que comenzó a hacer que todo el techo del hangar se abriera hacia arriba como una tapadera.

El profesor Eremis, Zeal Yoke, Valery y el propio Dino, se sujetaron con los atalajes a las literas anatómicas mientras en el exterior, los vehículos que habían llegado comenzaban a disparar contra puertas y paredes unos rayos fundentes que hicieron tambalear las paredes.

En uno de los vehículos que se hallaban en el exterior estaban las hermanas Kaio. Urania se encaró con Clio que sonreía con actitud triunfal.

—Has sido tú la que ha dado el soplo al mariscal Jano, ¿verdad?

—Sí, esos idiotas merecían una lección.

—¿Corno has podido hacerlo?

—No seáis tontas, con esa nave no hubiéramos llegado a ninguna parte, es un cacharro y yo, mientras, he hecho un pacto con el mismísimo mariscal Jano. Nos partiremos el mundo a partes iguales entre él y nosotras. El mariscal Jano está ya a punto de despegar.

—Pero ¿te ha explicado de qué se trata este maldito asunto?

La pregunta de Urania no obtuvo respuesta.

Parte de las paredes del hangar se derrumbaron mientras se producía un gran rugido que hizo temblar el suelo.

La nave comenzó a alzarse en medio de un fuego cegador que

escapaba por las toberas de sus motores, emergiendo del hangar que se derrumbaba por momentos.

El propio calor de los motores de la nave del profesor Eremis terminó de arrasar las paredes del recinto que se vinieron abajo mientras la nave ascendía envuelta en una luz cegadora.

Los hombres del mariscal Jano que disparaban contra ella, pudieron ver cómo las monstruosas patas de la nave pentagonal que eran retractiles se iban plegando con contracciones lentas y se escondían bajo la panza de la nave que, de pronto, casi transformada en un disco, dejó de ascender en vertical y se desplazó en horizontal tomando velocidad. Después, se elevó en oblicuo al planeta Tierra, rumbo a Saturno.

—¡Han escapado! —masculló Clio.

Las armas de los hombres del mariscal Jano apuntaron hacia el vehículo de las hermanas Kaio y dispararon ante la terrible sorpresa de las mujeres que quedaron atrapadas bajo un fuego múltiple.

El vehículo comenzó a fundirse sin que ellas pudieran escapar.

Su supuesto socio había dado orden de que fueran eliminadas y ahora, ya eran cenizas mezcladas con goterones de metal fundido mientras la nave del profesor Eremis, a gran velocidad, traspasaba la ionosfera buscando un gran impulso para saltar al espacio.

CAPITULO XI

El largo viaje en la nave construida por el profesor Eremis fue realizado en silencio con el exterior, no enviaron ningún mensaje a nadie ni acusaron recibo de emisiones receptadas.

En varias ocasiones captaron mensajes de la nave del mariscal Jano que después de emerger de las aguas del océano, ya totalmente terminada, había despegado emprendiendo el mismo viaje, tratando de que nadie pudiera adelantárseles.

La nave del profesor Eremis estaba dando un magnífico resultado. Durante el viaje no se habían producido averías y la larguísima travesía, pese a la gran velocidad que llevaban, se había hecho soportable.

Zeal Yoke había felicitado al profesor por el magnífico cuarto de baño totalmente cincelado en mármol rosa que llevaban a bordo. Dentro de la bañera y en compañía de Zeal, Valery había olvidado muchos problemas que habían resurgido desde que el profesor Eremis les comunicara:

—En cincuenta horas arribaremos a Titán. La verdad es que llevamos una trayectoria perfecta.

—¿No hay posibilidades de detectar la nave del mariscal Jano?

—No —denegó el profesor Eremis y añadió—: Ellos tampoco pueden detectar nuestra nave, somos un punto en el espacio y como no lanzamos ondas de radio no nos descubrirán.

—Mejor. Estoy seguro de que el mariscal Jano lleva armamento peligroso en su nave.

—Nosotros también tenemos armamento —reveló el profesor Eremis.

—¿Ah, sí? No me diga que llevamos cañones de larga distancia…

—No, no los llevamos, nuestra arma es para distancias cortas y quiera Dios que nunca tengamos que, emplearla.

—¿Y cuál es?

—La lleva… Bueno, mejor atiendo a ese piloto rojo que se ha encendido; parece que hay alguna fuga.

Acudieron al panel de mando y, efectivamente, tenían una pequeña fuga de aire. Se pusieron manos a la obra y consiguieron solventar la avería tras un durísimo trabajo que les dejó agotados.

—¿Fatigado? —preguntó Valery inclinada sobre Zeal Yoke que se había tendido en la litera, besándole en los labios.

—Tu presencia me descansa.

Y la estrechó entre sus brazos.

Los cálculos del esperpéntico profesor Eremis resultaron exactos y no tardaron en orbitar el satélite natural de Saturno llamado Titán.

Desde donde estaban podían admirar la majestuosidad del gran Saturno con sus anillos compuestos por partículas meteóricas que al girar rápidamente alrededor del planeta formaban tres bandas de un espesor aproximado de dieciséis kilómetros, proyectando un aro de sombra sobre el propio planeta.

—Ahora tenernos que averiguar el lugar exacto —advirtió el profesor Eremis.

Valery desdobló una hoja en la que había copiado parte de los grabados de la pared de la cámara funeraria de la pirámide sumergida en la que yacían por milenios y milenios los gigantes alienígenas que un día ya perdido en el pasado arribaran al planeta Tierra buscando a seres con los que mezclarse, pero tomando antes ciertas precauciones. No podían entregar toda la sabiduría de su civilización que se extinguía, pero que era terriblemente avanzada a unos seres primitivos que no supieran hacer uso de tal sabiduría.

—Aquí está la pirámide, profesor Eremis.

—Sí, ya la veo, y los continentes. Es un buen mapa, la encontraremos.

Tomaron las coordenadas, buscaron el punto en el satélite y entraron en la atmósfera de Titán, el sexto satélite en orden de distancia a Saturno.

—¡Profesor, la tengo localizada! —advirtió Zeal Yoke.

Movió una serie de mandos que accionaban las telecámaras y apareció en pantalla una pirámide.

—Los grabados no mentían, ésa es la pirámide de los gigantes —dijo Valery, emocionada.

—Puede que las medidas no sean idénticas a las de la pirámide sumergida en las aguas del planeta Tierra.

Iniciaron el descenso sobre un área continental seca y muy rocosa. Allí, como un gigantesco peñasco más, estaba la pirámide que constituía su objetivo.

La nave comenzó a desplegar sus cinco grandes patas articuladas y cuando llegaron cerca de la pirámide, se posó en vertical. Las articulaciones de las patas equilibraron la nave sin que ésta sufriera oscilaciones.

— ¡Muchachos, hemos llegado! —gritó alborozado el profesor Eremis.

Valery le abrazó. Zeal Yoke cogió luego a Valery entre sus brazos y la besó efusivamente.

Una hora más tarde, tras comprobar que la atmósfera les era favorable y que la temperatura, aunque fría y seca, era soportable con trajes térmicos, decidieron salir.

Se abrió una escotilla lateral y se extendió una rampa que llegó al suelo. Por ella descendieron todos, incluso el robot bionico que cerraba la marcha.

—¡Es magnífica! —exclamó Valery mirando la pirámide.

—Será difícil encontrar la puerta de entrada —opinó el profesor Eremis.

—No, yo tengo los datos, los hombres del mariscal Jano supieron descifrar el secreto. En realidad, los alienígenas lo dejaron todo perfectamente expuesto para que cuando nuestra civilización consiguiera llegar a Titán y encontrar esta pirámide, pudiéramos entrar en ella. Llegar hasta aquí indica que ya estamos suficientemente avanzados para conseguir su sabiduría.

Valery volvió a desdoblar el plano y concretó:

—La tercera hilera de bloques, la que hace quince y que mira al anillo de Saturno, es la entrada.

Comenzaron a contar los bloques de granito. La cara en la que buscaban era la opuesta a la que tomaran contacto con el suelo de Titán.

—Está demasiado alto —observó Valery—, tendremos que subir

con cuerdas.

—No hará falta. ¡Diño! —llamó el profesor.

—Dino a la escucha, profesor Eremis —respondió la característica voz de bocina.

—Lleva rocas hasta esa pared, haremos una escalera.

—Orden recibida.

Dino se puso a trabajar, infatigable, y fue colocando una piedra sobre otra hasta llegar a la altura que exigían.

—Dino, usa el láser para cortar ese bloque de granito —le ordenó el profesor.

De uno de los nudillos de su mano izquierda brotó un rayo láser que fue cortando la piedra limpiamente hasta dejar el hueco libre, lo cual le llevó varias horas debido al espesor del bloque que cerraba la entrada.

—¡Ahí está la entrada, ahí está! —brincó de contento el profesor Eremis al comprobar que nada fallaba.

Con un gran respeto, ya en el umbral de la galería que se adentraba en la enigmática pirámide, Zeal Yoke pidió a Valery:

—Dame la mano. Entremos juntos y unidos en busca de la sabiduría que a través de los milenios nos legaron los gigantes extraterrestres.

—¿Seremos capaces de comprender y asimilar toda esa sabiduría, Zeal?

—Si ellos prepararon esto con tanto detalle, seguro que sí. Ahí dentro encontraremos toda la ciencia, las humanidades y el arte de una civilización muy superior a la terrícola. Cuando nuestros cerebros estén llenos de esa sabiduría, regresaremos a la Tierra y derribaremos el imperio de las empresas para obtener un mundo de libertad en el que el Hombre recobre toda su dignidad.

—Entremos, pues.

Cogidos de la mano, comenzaron a adentrarse en la fabulosa pirámide, iluminándose con linternas que horadaban las tinieblas. La sensación de una música grandiosa les envolvió, haciéndoles temblar de emoción.

El profesor Eremis y Dino se hallaban en la improvisada escalinata de rocas cuando la nave espacial del mariscal Jano arribó frente a ellos, iluminándoles de lleno con sus poderosos focos.

La nave del mariscal, nada más llegar, empezó a disparar alcanzando al profesor que tembló junto a su robot bionico.

—Dino, Dino, elimínalos, me muero, Dino, me muero...

Se agarró a los pies del robot que respondió con su voz de bocina mientras él mismo recibía algunos impactos.

—Orden comprendida, profesor Eremis.

El pecho del robot se abrió en dos dejando al descubierto una especie de objetivo que apuntó a la nave del mariscal Jano.

Disparó un chorro grande e iridiscente que alcanzó de lleno a la nave que continuaba haciendo fuego sobre el robot que les replicaba.

La nave del mariscal Jano se llenó de luz como convertida en una estrella. Estalló súbitamente, convirtiéndose en una gigantesca bola de fuego que, poco a poco, se fue extinguiendo.

Apenas quedó nada, volviendo la suave penumbra de la noche de Titán, iluminada por la cara soleada del gigantesco Saturno.

Dino comenzó a chirriar y se le desprendió un brazo. Había sido tocado en varios puntos de su cuerpo metálico y de cristal, aunque había logrado cumplir la última orden dada por su amo que yacía a sus pies.

Dentro de la gran burbuja de cristal que era la cabeza de Dino, la luz se apagó. Se le dobló una rodilla y se le desencajó la pierna. Dino comenzó a caer entre las rocas, pero la burbuja de cristal irrompible quedó allí junto a la cabeza desmelenada y blanca del esperpéntico profesor Eremis que había conseguido convertir en realidad su gran sueño de hacer volar una nave, construida con sus propias manos.

En el interior de la pirámide, la pareja terrícola seguía avanzando cogida de la mano por las galerías, en busca de la sabiduría de la civilización perdida, los gigantes que un día llegaron al planeta Tierra.

FIN